



MEDITACIONES

PARA LOS QUE NO MEDITAN

P. M. DE IRAOLAGOITIA, S.I.

MENSAG

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MARIA, EL CARPINTERO Y EL NIÑO

EVANGELIO SI, EVANGELIO NO

Premio ONDAS 1961 al mejor comentarista religioso
(3.ª edición)

CRISTIANERIAS

(Meditaciones para el hombre de la calle)

Meditaciones
para
los que no meditan

3.ª EDICION



Imprimi potest:
J. EMMANUEL VELAZ, S. J.
Praep. Prov. Loiolae

Nihil obstat:
JOSEPHUS VELASCO, S. J.
Censor Eccles.

Imprimatur:
† PAULUS, Episcopus Flaviobrigensis
Bilbai, 12 Octobris 1963

© Editorial «El Mensajero del Corazón de Jesús»
BILBAO

Depósito Legal BI 2075-1963
Registro Núm. BI 6576-1963

*Dos palabras
en letra bastardilla.*

El profeta Jonás era buena persona. Como nosotros: nosotros también somos buenas personas.

Lo que ocurrió es que a Jonás le pidió Dios un día una cosa difícil: que fuera a la ciudad de Nínive y les dijera a los ninivitas, de parte de Dios, que eran unos canallas y unos bandidos y unos tales y unos cuales, y que Dios estaba ya harto de ellos.

Jonás era un hombre bueno, como nosotros. Pero Jonás era también algo cobarde ante el deber, como lo somos nosotros.

Jonás supuso que, si iba a Nínive y allí les decía a los ninivitas todas aquellas cosas recias que Dios le había ordenado les dijera, los ninivitas le iban a dejar reducido al estado homogéneo.

Y Jonás, desde entonces, empezó a no querer saber nada; y salió a la calle para huir de Dios.

Lo mismo que nosotros, que procuramos distraernos con las cosas de la vida para no pensar en Dios y en nuestros serios deberes para con Dios.

Jonás creyó que huiría de Dios subiendo a bordo de un barco fenicio que navegaba en dirección opuesta a Nínive.

Nosotros creemos que huimos de Dios y de la eternidad, no pensando en Dios y pensando en las cosas de la vida.

Somos tan ingenuos como Jonás.

Y acabamos siempre chocando con Dios: Jonás en una tempestad del mar, nosotros en cualquier tempestad de la vida.

Los que no meditamos en Dios, los que huimos de Dios somos unos perfectos ilusos.

Como Jonás, que creía que, navegando hacia el Oeste, huiría de Dios.

En las páginas que siguen he querido ver a Dios y a la eternidad en las cosas corrientes y vulgares de la vida de los hombres.

Porque en todas ellas también está Dios.

Quisiera que sientas que Dios no está solamente en el cielo y en la iglesia, sino en la casa, en el taller, en la calle y en la vida.

Quisiera que te acostumbres a pensar en El aunque no estés de rodillas, aunque no juntes las manos, aunque no muevas los labios y aunque no cierres los ojos.

* * *

Por fin, a Jonás le arrojaron al mar, y allí le tragó un pez.

En el vientre del pez pasó Jonás tres días muy negros. Y allí se arrepintió de haber huido de Dios y prometió ofrecerle sacrificios.

Tú y yo tampoco vamos a conseguir huir de Dios. Es que, bien pensado, ni nos conviene.

En realidad, esto es lo más agradable de todo: el saber que Dios está aquí, en todo lo nuestro, para echarnos una mano.

Dios, nuestro Padre y nuestro mejor amigo.

Suerte para Jonás el que Dios estuviera también en el vientre del pez para recibir su oración y su arrepentimiento.

Pero siempre será mejor el que nos acostumbremos a verle y a sentirle en todas las cosas de la vida.

Antes de que nos hunda la tempestad.

Antes de que nos trague la ballena.

PEDRO MARÍA IRAOLAGOITIA, S. I.

Año nuevo, vida nueva



¿Por qué no? El que no hace un propósito es que no quiere ser mejor. Y quien no quiere ser mejor, no merece ser persona.

Ser valientes, es comenzar siempre. Tener el valor de comenzar constantemente... desde la misma raya de nuestro fracaso.

Saber vencer nuestra melancolía, nuestro despecho, nuestra soberbia...

Saber comenzar siempre con humildad..., hasta con la ilusión de un niño.

Porque, *si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.*

Propósito de don Ricardo

Se le ocurrió cuando hacía el balance del año, cuando repasaba esos librotos que dicen *Debe y Haber*, allí, en la esquina de arriba. Cuando leía las columnas del *Debe*, se le ocurrió que pudiera haber bastantes cosas que él debía a Dios; y que no estaban en aquel librote, pero que estarían escritas en otro libro más serio. Y se acordó de que podía haber muchas cosas que él debía a los hombres a los que no estaba muy acostumbrado a mirarlos como hermanos.

El hecho es que don Ricardo encendió un cigarrillo y se puso a pensar en algunas cosas que él debía

haber hecho por Dios y por sus hermanos, y tal vez no las había hecho.

Luego encendió otro cigarrillo y siguió pensando...

Más tarde encendió otro, y se le ocurrió que había maneras y maneras de llevar un negocio...

Unas justas y otras injustas.

Aquella tarde quedaron en el cenicero más colillas que de costumbre.

Y en el alma de don Ricardo había más luz... Algunos propósitos mejores, que le iban a costar algo de dinero y de sacrificio, pero que también le iban a dejar una satisfacción suave en el alma...

La de saber que iba a quedar más limpia la página de los *Debe*...

Propósito de Nati

Lo estuvo pensando mucho la otra tarde, durante el retiro que tuvieron para fin de año. Claro, ella ya sabe que José Ramón es un chico muy bueno. Más de una vez ha ido con ella a hacer una visita al Santísimo. Además, desde que ya van en serio, ella misma le nota otra cosa..., algo así como más formal...; ella misma no sabe cómo decirlo...

Pero, a pesar de todo, a veces tiene escrúpulos de algunas cosillas...

Ha decidido decirle claro a José Ramón, y hacer un propósito con él, aunque sea en una de esas visitas al Santísimo..., un día que entren a rezarle una Salve a la Virgen.

Ella sabe que José Ramón es bueno.

Y que es capaz de eso y de mucho más..., por ella..., y sobre todo por la Virgen.

Se lo va a decir; como ella sabe decirle las cosas a

él. Y sabe que todo va a resultar mejor, mucho mejor...

¡Si sabrá ella muy bien quién es José Ramón...!

Propósito de José Ramón

Entre otros, uno muy parecido al de Nati. La diferencia es que el de Nati venía del Oeste y el de José Ramón viene del Este. Pero los dos van al mismo asunto.

El sabe que hay algunas cosas que no están muy bien...

Aunque otros lo hagan. Aunque lo hagan muchos... Sabe muy bien que eso no es ninguna razón.

Además, quién sabe si este año... el asunto está en eso de dar con un pisito.

Pero hasta entonces, las cosas como Dios quiere. Y ya que la culpa de algunas cosillas la suele tener él, pues va a ser él, sí, señor, el que le va a hablar a Nati:

—Oye, Nati..., yo quería decirte una cosa...

—Yo también tengo otra cosa que decirte... Empezas tú.

—Es que... Mira, ya sabes que «año nuevo, vida nueva»... Yo quiero, Nati, que me ayudes a cumplir un propósito que he hecho...

—Ya sé; es lo mismo que yo quería decirte. ¿Quieres que vayamos a rezarle una Salve a la Virgen?

Sí, vamos.

Propósito de Germán

No lo hizo el día 1. Lo hizo el 2. Porque el 1, todavía estaba de reseco y de acidez y de clavo en la cabeza, como consecuencia de la Nochevieja. Además

de no beber más de lo justo, Germán ha decidido otras cosas:

No armar bronca con la costilla sino en caso de verdadera necesidad.

No echar más tacos para dar más fuerza a las ideas de uno.

Ser un poco más leal en el oficio. Porque Germán se ha dado cuenta de que, aunque el salario no le llega a mucho, con hacer el gandul no le va a llegar a más. Además, si todos nos ponemos a hacer el gandul, lo único que se consigue es que las cosas vayan todas peor. Y así andan a veces las cosas; porque por la injusticia de los unos y la revancha de los otros, lo único que conseguimos es hundirnos todos.

Propósito del P. Fernando

Es un sacerdote, o un religioso. Y también tiene que hacer sus propósitos de principio de año.

Porque hay muchas cosas que el año pasado no las ha hecho como debía.

Propósito de buscar a los hombres por Dios, y no por otras pequeñeces humanas.

Propósito de pedir a Dios la difícil virtud de estar muy cerca de los hombres y de sus cosas, sin dejarse llevar por las cosas de los hombres.

De pedir a Dios la gracia de estar bien metido en las necesidades del mundo, sin dejarse contagiar por las necesidades del mundo.

Propósito de no defraudar las justas esperanzas que los hombres ponen en el ministro de Cristo.

Propósito de no repartir ideas no evangélicas, en los momentos en que nos toca repartir sólo las enseñanzas de Cristo.

Propósito de no omitir trozos importantes del Evangelio, porque son difíciles, delicados, comprometidos...

Propósito de estar lo más cerca posible de Dios, porque estando de veras cerca de Dios, es como más cerca se está de los hombres...

* * *

Año Nuevo, vida nueva. Hacer del nuevo año una nueva etapa de mi vida.

Sentir como si Dios nos pusiera otra vez nuestra juventud en las manos.

Y es que, ante Dios, siempre podemos ser jóvenes, porque sólo Dios nos ha hecho la promesa firme de, si queremos, borrarlos totalmente nuestro pasado.

En el cuerpo, no es posible volver a ser jóvenes.

En el alma, sí. Basta quererlo... con la gracia de Dios.

Oro, incienso y mirra



I

Oro

Tres camellos caminan a Belén.

Surcar el desierto para buscar los yacimientos auríferos es emocionante, es novelesco, es un hecho repetidas veces histórico.

Surcar el desierto para poner el oro que se posee a los pies de un niño innominado, que acaba de nacer en un país lejano y desconocido, es trazar una senda nueva en el mundo, que remonta todos los otros caminos de los hombres.

Es quebrar una constante.

Es crear una dimensión nueva en el ámbito del espíritu.

Es poner una zancadilla a la historia de los hombres.

Aquellos tres Magos de los camellos, cuando atravesaban el desierto, estaban remontando la corriente del mundo. Ellos avanzaban para dejar su oro a los pies de Dios.

El mundo navega en sentido contrario: deja a Dios en busca del oro.

Por ese oro que ha tenido el nefasto y maldito poder de desencadenar ese infrahombre que llevamos nosotros dentro.

Ese oro que ha teñido el mundo de sangre, de do-

lor, de terror, de lágrimas. Ese oro que asesinó a Dios mismo desde las manos de Judas...

Dar y adquirir. El binomio secreto de la felicidad. Nosotros preparamos nuestras uñas para agarrar el oro, para arañarlo aunque sea de la piel y de la carne viva de nuestros hermanos... ¡¡Adquirir!!

Dios tiene una fórmula distinta: «Es más dichoso el dar que el recibir».

Jesucristo dijo esto porque sabía que sólo el dar abre inmensamente el corazón de los hombres, nos pone el alma en flor...

En el principio creó también Dios el oro. Y el oro era bueno. Y el oro era de Dios.

Pero el oro *no* era Dios.

Y corrieron los hombres insensatos tras el oro, dejando atrás a Dios.

...Hasta que un día tres Magos de Oriente vieron la estrella y corrieron a coger el oro, cruzaron el desierto y lo pusieron a los pies de Dios.

Y Dios sonrió a los Magos. Y aquella sonrisa hizo inmensamente ricos a sus corazones.

El oro era otra vez de Dios y la felicidad era otra vez para los hombres...

II

Incienso

También dejaron el incienso a los pies del Niño-Dios.

Hay algunos hombres a quienes el oro no consiguió derribar.

Pero los derribó el incienso.

Es más sutil, más espiritual, no ataca sólo al corazón. Ataca más bien a la cabeza. Produce mareos, in-

toxica, deforma suave y hábilmente los contornos de las cosas...

Aquel Diógenes de los griegos supo burlarse del oro, pero fue un esclavo del incienso.

Cuando salía de día con un farol encendido por las calles de Atenas, diciendo que buscaba un hombre, en realidad se buscaba a sí mismo; el farol era para alumbrar su cara, para que le vieran los atenienses; mejor dicho, era un incensario que él mismo agitaba estúpidamente ante sus propias narices...

Y es que por aspirar incienso llegamos a las mayores estupideces.

Hasta a la de incensarnos a nosotros mismos.

Las mentiras más fantásticas y las de más éxito son las alabanzas hechas ante la misma persona alabada. Estamos siempre dispuestos a creer cualquier grandeza de nosotros mismos.

Ha habido ya varios que se han creído ser el mismo Dios.

Ha habido y hay muchos que se creen ser justamente un poco menos que Dios.

Hay muchísimos (digo muchísimos por no incluir a los santos) que estamos convencidos personalmente de que somos algo genial en la historia del mundo.

Un poquillo de incienso nos envenena tan fácilmente...

Y qué trágicamente está todo esto relacionado con el primer pecado capital y con aquella rebelión de Lucifer allá... antes de la creación del mundo...

Sólo Dios es invulnerable al incienso, porque nadie podrá decir de Dios alabanza que no se la merezca. Dios es infinito en todas perfecciones y en grado infinito...

El incienso... es de Dios.

Cuando nosotros jugamos con incienso, estamos

jugando un juego peligroso, estamos jugando con algo que pertenece a Dios...

Aquellos camellos que surcaban el desierto llevaban también incienso...

Incienso precintado que lo pusieron todo a los pies de Dios.

III

Mirra

¿Por qué...? ¿Por qué llevan la mirra los camellos a Belén?

La mirra que destila de los árboles de la Arabia lejana.

La mirra que aromatiza las palabras de David.

La mirra que ponía fragancia en los vestidos de Ester.

La mirra era el perfume de los hombres, el símbolo de la alegría, del bienestar. La mirra que las madres de Israel ponían en la casa, en los vestidos, para que oliera a fiesta, a alegría...

En el principio, Dios también creó la mirra. Y vio Dios que la mirra era buena.

Y la alegría... también la creó Dios. Y la alegría era buena; porque había nacido del corazón mismo de Dios.

Entonces, ¿por qué...? ¿Por qué llevan la mirra los camellos a Belén?

Aquellos hombres sabían que toda la mirra de los bosques de Arabia y Mesopotamia no habría sido suficiente para ahogar el dolor de los hombres..., sabían que no podía endulzar el amargor de las lágrimas...

La mirra era buena, pero más fuertes eran el dolor, la sangre, las lágrimas.

La estrella les dijo que un «manojito de mirra» divino había brotado en Belén.

Alguien les dijo en las noches del desierto, que allá, al Occidente, había bajado del cielo un destello de alegría pura, de alegría infinita.

Y aquellos sabios de Oriente tomaron la mirra de los hombres para ponerla junto a la mirra de Dios.

Poner mi alegría a los pies de la alegría de Cristo es hacer que mi mirra tenga el aroma sublime del cielo; es poner mi alma en flor y sonreír para siempre, casi con la misma sonrisa de Dios...

Carta a los Reyes Magos



Carta al Rey Melchor

Majestad:

Esta carta no se la escribimos unos niños. Esta carta está escrita por unos cuantos de la «gente grande».

Nosotros también queremos nuestro «regalo de Reyes», y hemos tenido el atrevimiento de dirigiros esta carta.

Vos, Majestad, sabéis muy bien que nosotros, los grandes, tenemos tantas o más necesidades que los niños, tantos o más caprichos que los niños. Sabemos que vos amáis mucho a los niños, pero que también nos amáis un poco, y más que un poco, a nosotros, los grandes.

El Evangelio nos dice cómo entre los tres Reyes llevastéis al Niño Jesús, oro, incienso y mirra. Pero nosotros sabemos de buena tinta que vos, Rey Melchor, erais el que llevaba el oro. Lo tuvisteis bien secreto, y era natural. Herodes o cualquier otro bandido os hubiera asaltado en el desierto.

Sabemos que ese oro era vuestro, Rey Melchor. Pero no nos explicamos bien las razones de haber verificado esa «transferencia» y esa «inversión».

A nosotros nos parece que podríais haber hecho un negocio mucho más saneado invirtiéndolo en acciones de alguna empresa próspera allí en Oriente, en vuestra patria; o montando una empresa de tapices persas, o en plan de gran almacenista de goma arábiga...

Pero no... Corréis el riesgo de transportar el oro, sin apenas escolta, por todo el desierto, y luego lo regaláis a una familia pobre de Belén...

Sin intereses..., sin recibo...

Y no erais tonto, Rey Melchor; erais Mago, que entonces quería decir gran sabio.

Os vamos a confesar la verdad. Al principio, cuando decidimos escribiros esta carta, íbamos a pedir os algo de vuestro oro, como regalo de Reyes. Es que a nosotros, los grandes, el oro nos gusta más que ningún otro juguete. No hay como tener uso de razón y seso y prudencia y experiencia y años, para que el oro sea el juguete que más nos divierta. La verdad, Majestad, íbamos a pedir os oro, dinero; dinero para nuestros caprichos, dinero para pasarlo nosotros en grande.

Pero lo hemos pensado mejor, y no nos hemos atrevido. Porque vos no sufristeis aquella caminata para que pasáramos nosotros la gran juerga. Vos no sufristeis los peligros de acarrear oro a través del desierto para satisfacer un capricho nuestro, sino para salvar a una pobre familia de la miseria, para ayudar a aquel Niño, recién nacido, y a sus padres que tenían que huir leguas y leguas a un país extranjero, perseguidos a muerte por la policía de un tirano.

Aquel oro lo necesitaban ellos...

Por eso atravesasteis el desierto.

Rey Melchor, como regalo de Reyes, os vamos a pedir que sigais recorriendo el mundo con vuestro oro, y que lo llevéis, como entonces, a los que más lo necesitan: a las familias pobres, a los niños que han nacido en cualquier sitio, a los deportados, a los perseguidos...

Quién sabe, Majestad, si nosotros nos animaremos a hacer lo mismo.

Unos accionistas.

Sacra y Real Majestad:

Vos, Rey Gaspar, tuvisteis que ser una de las siguientes cosas: o un Rey muy poderoso, o un sabio genial, o un artista maravilloso, o un futbolista importado.

La razón es muy sencilla: vos llevabais el incienso.

Y como incienso, en este mundo, suelen recibir los personajes arriba mencionados, no falla; vos, Rey Gaspar, tuvisteis alguno de los atributos arriba citados, o varios de ellos a la vez.

Lo extraño es que no os volvisteis tonto a fuerza de incienso. Notablemente extraño; a la salida de vuestro gran viaje no lo dijisteis a nadie, no fueron a despediros las fuerzas vivas de la localidad, no dijisteis unas palabras de despedida a la afición, no avisasteis a la prensa. Al día siguiente los diarios no trajeron fotografías de varias posturas vuestras cuando subíais al camello.

No queríais derramar aquel incienso; aquel incienso que sabíais que no lo merecíais y que lo guardabais para Dios.

Erais el único hombre que reconocíais que no merecíais el incienso y que lo llevabais como una restitución de conciencia al único ser que merece de veras todo el incienso.

Hubierais ido hasta el fin del mundo para entregar aquello que sabíais no os pertenecía.

Rey Gaspar, confidencialmente: a nosotros nos gusta mucho el incienso:

Que nos digan que somos listos, que somos grandes,

que nos digan que somos guapas...

Rey Gaspar..., ya sabemos que ese incienso lo lle-

vas para Dios, pero si nos regalaras un poquito..., un poco nada más, ni se notaría que falta...

Nosotros pondremos nuestros zapatos en la ventana, oh santo, sabio, poderoso, maravilloso Rey Gaspar.

Unos hombres y unas mujeres.

Nota.—El Rey Gaspar no puso incienso en los zapatos; puso ceniza.

Carta al Rey Baltasar

Querido Rey Baltasar:

La presente va dirigida a usted, porque usted fue el Rey negro. Y porque usted es negro y yo tengo más confianza en usted.

Me explicaré: ya sé yo muy bien que los otros dos Reyes son muy buenos y son santos y todo. Pero, para comprender a fondo y con experiencia la negra vida que llevamos algunos, no basta ser santo; hay que ser santo y, además, negro.

Yo te voy a pedir por todos los negros: por los negros de Arkansas, por los negros de Africa del Sur, por los que trabajan y viven como negros, por los que tienen «la negra».

¡Baltasar, que tú sabes lo que es ser negro!

Tú llevabas la mirra, el bálsamo, Baltasar. Ese bálsamo que necesitamos tantos hombres, mujeres y niños que vivimos con menores derechos, con menos respeto y menos libertad que los demás.

Somos negros aunque tengamos la cara blanca. Somos negros, porque vivimos una vida negra.

No te pedimos el oro, porque puede hacernos negreros.

No te pedimos el incienso, porque puede hacernos estúpidos.

Te pedimos la mirra que tú llevas; ese bálsamo

que suavice nuestras vidas, que consuele nuestras almas.

¡Rey negro Baltasar! ¡Un regalo de Reyes, para todos los «negros» del mundo!

Tuyo siempre,

Uno que las pasa negras.

La Virgen sabe cómo hacerlo



Es muy amable la Virgen. Y muy educada.

Sabe que en la vida social es una gentileza el salir a visitar a las amistades.

La Virgen lo ha hecho siempre.

Lo hizo con su prima Isabel; lo hizo con los novios de Caná...

Lo ha hecho también después con nosotros. Hace precisamente cien años vino desde el cielo a visitar a una niña que se llamaba Bernardeta. Más recientemente vino a ver a unos niños portugueses que se llamaban Lucía, Jacinta y Francisco.

Es muy amable la Virgen.

A Bernardeta le sonreía siempre, y un día hasta le dijo su nombre: Yo soy la Inmaculada Concepción.

A los niños de Fátima les contó muchas cosas muy importantes, y estuvo visitándoles durante seis meses.

Lo raro es que siempre se le ocurre venir de una manera imprevista; suele venir cuando menos la esperamos.

Luego es singular, pero... casi siempre se presenta a unos niños inexpertos, incultos muchas veces...

Es una pena, porque estos pobres niños no saben recibirla con el protocolo y con la dignidad que se deben a una Señora tan importante.

La dificultad es que, por esto, suelen venir las complicaciones. Claro, a unos niños no se les puede creer de buenas a primeras; y el público, la prensa y las autoridades siempre se ponen en contra: niegan

el hecho, lo ridiculizan y llegan hasta perseguir judicialmente a los niños y a sus familias.

Total, un verdadero planchazo.

Porque luego resulta que las apariciones son verdad, y quedamos mal todos: las autoridades, la prensa, el público..., todos.

Tiene gracia; pero los únicos que quedan bien son, precisamente, los niños.

Otra cosa es que frecuentemente se aparece en escampado, en cualquier rincón abandonado y deshabitado: la gruta de Massabielle, la Cova de Iria...

Claro, la recepción por nuestra parte resulta muy pobre, porque allí, además de no estar enterados, no tenemos a nuestra disposición ni cuerpo diplomático, ni bandas de música, ni un buen descapotable para el desfile, ni una muchedumbre a la que ya hemos repartido banderitas y serpentinas...

Sólo hay allí, por casualidad, alguna niña que ha ido por leña o algunos pastorcitos que guardan ovejas.

Es un poco desconcertante, sí; porque, además, suele pedirles a ellos que le construyan un gran templo allí, en el sitio de la aparición.

Y esto se lo pide siempre a unos chiquillos de familias muy pobres y que no tienen donde caerse muertos. Y así sucede que se tardan varios años hasta que se levanta el templo.

Si la Virgen se hubiera aparecido no a unos arrapiezos de aldea, sino a los representantes de la banca, de la industria...; si en lugar de aparecer sobre un árbol o sobre una roca, se apareciera, por ejemplo, sobre la mesa de sesiones de un consejo de administración, entonces, sí; entonces era la ocasión de solicitar un soberbio templo, con todas las garantías de que se haría inmediatamente. Esos señores hubieran lanzado una nueva ampliación de capital, o... quizá hubieran subido el precio del producto para el público (al fin

y al cabo, era todo por la Virgen), pero lo hubieran hecho.

Además, no perdían nada. El efecto publicitario sería imponente: «La Empresa Fulano, Zutano y Compañía, escogida por la Augusta Soberana de cielos y tierra para construir un templo a su nombre, etc.».

Ciertamente a nosotros nos parece que ésta era la forma mejor y más rápida para que la Virgen consiguiera los templos que pedía.

Pero no. La Virgen se los pide a unos niños pobres...

Luego hay otro asunto. La Virgen suele venir a traer un mensaje a los hombres: un mensaje de oración, de reparación, de penitencia.

También se lo confía a unos niños.

Después vienen las dificultades, porque nosotros no somos tan ingenuos como para creer lo que dicen unos niños inexpertos e incultos. Pasan años hasta que nos convencemos de que esos niños tenían, realmente, un mensaje del cielo para el mundo.

Es que nosotros somos gente seria. No creemos a unos niños. Sin embargo, sí creemos de cabo a rabo todo lo que nos dicen las agencias, la prensa, la radio, el cine, la publicidad. Eso sí; eso lo creemos todo.

Por eso nosotros respetamos el parecer de la Santísima Virgen, pero a nosotros se nos ocurre que, en lo sucesivo, las apariciones de la Virgen se hicieran ante una conferencia de prensa y, una vez bien avisados los operadores del cine, la radio y la televisión.

Figuraos una aparición de la Virgen por televisión; algo fantástico. Todo el mundo podría ver y oír a la Virgen.

En fin; yo no sé, pero... si la Virgen quisiera presentarse no a unos chiquillos, sino a las «fuerzas vivas» de nuestra sociedad, yo estoy seguro de que sería recibida como es debido.

Estaríamos todos allí de cuello duro y con guantes.
Pero la Virgen se apareció a unos niños pobres...
¿Quién tiene razón?

No... La razón la tiene la Virgen, claro está.

Tal vez aquellos niños pobres valían, en realidad,
mucho más que todas nuestras organizaciones y todo
nuestro aparato, y que todos nosotros juntos...

Tal vez aquellos niños pobres eran lo mejor que
había en el mundo...

La Virgen sabe cómo tiene que hacer las cosas.
Mucho mejor que nosotros.

Es que la Virgen aprendió muchísimo de Jesu-
cristo.

¿Os acordáis? A Jesucristo, recién nacido, sólo le
vieron unos pobres pastores.

Jesucristo entregó su Evangelio y su Iglesia a unos
pobres pescadores...

La Virgen se fijaba mucho en estas cosas y las
guardaba en su corazón.

Y luego la Virgen hace las cosas como las hacía
Jesucristo.

Se aparece a Bernardeta, a Lucía, a Jacinta y a
Francisco.

Si nosotros hubiéramos sido tan buenos como ellos,
quién sabe si también a nosotros se nos hubiera apa-
recido la Virgen...

La Virgen sabe muy bien cómo hacer las cosas.

La Virgen sabe muy bien.

3 días de Carnaval y 40 de Cuaresma



I

Hay muchos que celebran las dos cosas.
Hay que ser comprensivos. Hay que ser amplios.
Al mundo, al demonio y a la carne, tres días. Sólo tres. A Dios cuarenta. Toda la Cuaresma.

Es verdad que Jesucristo dijo alguna vez que no se podía servir a dos señores; es decir, a Dios y al demonio; pero...

Además vamos vestidos de diferente manera: en carnaval nos ponemos un dominó y una careta; en Cuaresma nos disfrazamos con una mantilla y un rosario.

Quiero decir, que hay muchos y muchas que por tres días se visten de lo mismo que son por dentro; y luego están haciendo el payaso durante cuarenta.

¿Cuál es el disfraz? ¿Es la máscara de Carnaval, o la mantilla de Cuaresma?

Si piensas que puedes hacer las dos cosas: pecar en Carnaval y ayunar en Cuaresma, entonces, desde luego: eres sincero durante tres días; eres un payaso durante cuarenta y serás maldito por toda la eternidad.

Tres días de Carnaval.

Cuando nos disfrazamos para pecar más fácilmente.

Cuando organizamos una jungla humana.

Tenemos que cubrir nuestro rostro con la máscara, para ocultar el rubor humano que, a pesar de todo, nos enciende las mejillas.

Nuestro instinto inevitable de hombres no nos perdona el que queramos ser animales, y nos avergüenza el rostro muy a pesar nuestro.

Sentir vergüenza es la revancha del alma maltratada.

Pero tener alma, tener dignidad, es poco carnavalesco. Y hay que atolondrarse mucho, para no sentir al alma.

Por esto los vestidos grotescos. Hay que olvidarse de que dentro hay un hombre o una mujer. Hay que tapar ese grito del alma con una impresión fuerte sobre nuestros sentidos.

Pero... Carnaval es la vida... Carnaval son más de tres días, son muchos días en que los hombres nos convertimos en payasos..., muchos días en que quiéramos taparnos los ojos del alma para no ver nuestros pecados.

Los confetis y las serpentinas no hacen al Carnaval.

Carnaval es el día en que un padre de familia no es padre de familia; el día en que una madre no es madre; el día en que una novia no es novia...; el día en que un hombre es algo menos que hombre...

Todas las profesiones es justo que tengan unas vacaciones.

De lo único que no hay derecho a tomarse vacaciones es «de ser hombres».

* * *

¡Cristo!, ¡Cristo!... hoy es Carnaval; es la selva humana que ha llegado hasta aquí... ¡Cristo! ¡Carnaval son muchos días del año...!

¡Disfrázate, Cristo...!

Y Cristo se disfraza, llorando, de los pecados de los hombres...

Es Carnaval.

No pongas cara larga para decir: Cuaresma.

No te pongas la mantilla grande de encaje, para decir: Cuaresma.

No pongas ojos místicos, ni inclines la cabeza hacia un lado, ni juntes las manos, para decir: Cuaresma.

No saques la voz triste; no digas: Cuaresma, con esa voz de repuesto que tienes para los entierros y los funerales, cuando dices: «Le acompaño en el sentimiento».

Fíjate bien: la Cuaresma no es un Carnaval.

No hay que disfrazarse de nada. No hay que ponerse en escena.

Lo dijo Jesucristo: «Cuando ayunas, no hagas como los hipócritas (la traducción exacta del original griego es: «payasos»), que aparecen tristes; tú lava tu cara y perfúmate, para que no aparezcas ante los demás como ayunante, sino sólo ante tu Padre celestial».

Pero haz penitencia.

Y ya sabes que hacer penitencia es, ante todo y sobre todo, arrepentirte de tus pecados, y proponer firme y sinceramente una enmienda de tu vida.

Por eso, si tú eres de los que creen que se pueden hacer las dos cosas: la carnavalada y luego la Cuaresma, eres un iluso; no tienes ni dolor ni propósito. Te vas al infierno con el mismo equipaje que tenías la última noche de juerga del Carnaval.

La Cuaresma empieza un poco antes del Miércoles de Ceniza. Empieza no haciendo una carnavalada en Carnaval.

La Cuaresma es cuesta arriba. Pero subir es hermoso. Elevarse en la escala humana; ir acercándose a Dios.

La Cuaresma cae en primavera. Es también la primavera del alma. Es entrársenos la vida sublime de la gracia por el alma toda.

La penitencia sincera, el perdón de Dios, es una de las alegrías más profundas que se nos han concedido a nosotros, los pecadores.

Aquella mujer de Samaría sabía muy bien lo que es Carnaval, pero no sabía que la gracia santificante es como un agua que sacia la sed para siempre, un agua que salta hasta la vida eterna.

Cuaresma, la primavera del alma.

Cuando dentro te canta la gracia santificante, cuando Dios te ha dejado tu misma vida, fresca, redimida, como la vida de esos niños inocentes que son todavía príncipes, que no pueden ser pesimistas.

Oye la voz de la Cuaresma. Es la llamada fuerte del espíritu, para que aplastes la materia, para que subas más alto en la escala de los seres.

Carnaval es bajar; bajar en la escala de los seres al nivel de los brutos.

Cuaresma es subir; subir hacia Dios, hacer de ti algo más que un hombre.

Carnaval te disfraza. La Cuaresma te despoja de la materia que hay en ti mismo; te pone el alma a flor de vida. Hace de ti un ángel.

No pongas cara larga, para decir: Cuaresma.

María dijo que sí



La Anunciación de la Virgen

María.

Si Tú no lo hubieras aceptado...

Pero Tú dijiste que sí. Y fuimos redimidos por el Verbo hecho carne.

Dios no lo hubiera hecho sin tu consentimiento.

Pero Tú dijiste que sí. Dijiste que sí a todo.

Dijiste que sí a la gloria y al sacrificio; dijiste que sí a que te llamaran bienaventurada todas las generaciones, y dijiste que sí a que una espada de dolor atravesara tu alma.

Dijiste que sí a ser la Madre que más ha sufrido por su Hijo. Dijiste que sí a sufrir con El aquella Pasión que Dios exigía en compensación de todos los pecados de los hombres.

Gracias, María, porque dijiste que sí.

Madre.

Nosotros, los hombres, las mujeres, tenemos también nuestras «Anunciaciones».

Llega un momento, varios momentos en la vida, en que se nos revela algo grande que sabemos viene de Dios.

A veces es algo que ansiamos mucho; a veces es algo muy doloroso; siempre es algo que exige nuestra entrega a Dios y a los hombres.

Nuestra «Anunciación».

El mensaje de la voluntad de Dios.

Madre, que sepamos decir que sí.

Como tú.

Sor María Luisa es una monjita de veinticinco años.

A Sor María Luisa le ha llamado la Superiora:

—Siéntese, hija; tengo algo importante que comunicarle. Dentro de poco van a salir cinco religiosas para el Japón; hemos pensado que una de ellas sea usted. Estoy segura de que es Dios mismo quien la quiere a usted en esta misión. Le va a costar, hija mía; lo sé. Le va a costar el dejar, tal vez para siempre: su familia, su patria, todo lo más querido que tiene usted en este mundo; pero tendrá el consuelo de haber hecho algo muy grande por Dios y por las almas... Ande, ahora vaya a hacer una visita al Santísimo; piénselo bien y más tarde venga a decirme si tiene algún inconveniente; y dígamelo con toda confianza, hija mía, que por eso no la vamos a estimar menos...

Al salir, Sor María Luisa no ve qué inconveniente..., no; si ella, inconveniente no tiene ninguno; lo que tiene es una emoción y una cosa...; por una parte, el sacrificio de dejarlo todo...; por otra, la alegría de entregarse toda al sacrificio por Dios y por la salvación de las almas.

Inconvenientes..., ella no tiene inconvenientes; lo que ella no sabe es si reír o llorar...; de hecho ya está llorando y no sabe por qué, porque ella no está triste..., al contrario.

Inconvenientes, ¡qué inconvenientes va a tener ella!

Sor María Luisa dice que sí.

He aquí la esclava del Señor.

Al salir del trabajo, Roberto, como otros días, ha cogido los dos chavales mayores y se ha ido al hospital a visitar a su esposa; una verdadera perla de mujer para su casa, para los niños, para él, para todos. Cuántas veces se ha dicho a sí mismo que él no merecía una mujer así.

...Sí; ahora lleva unos días en el hospital porque aunque ella no lo decía, ya hacía tiempo que ella sufría del estómago..., no recibía bien las comidas... Nada; una de esas cosas que esta vez se arreglarán bien.

—Buenas noches. ¿Usted es el esposo de la señora del tercer piso, cama 375?

—Sí, señor...; sí, doctor... ¿Ocurre algo... con ella?

—Verá usted; llevo observando el curso de su enfermedad durante algún tiempo y me veo en la penosa obligación de comunicarle que padece de un tumor maligno en el estómago.

—Y eso... ¿es cáncer?

—Sí, cáncer.

—Y ¿no se podría operar?

—Desgraciadamente, dado el estado en que se encuentra la dolencia, creo que toda intervención sería inútil.

—Y... ¿cuánto le queda de vida?

—No podríamos precisarlo...: un mes, tal vez dos. Créame usted que me hago cargo de su sufrimiento. También para nosotros, los médicos, es doloroso el sentir que no podemos hacer nada.

—Gracias, doctor.

Roberto también ha tenido su «Anunciación». Se le ha anunciado algo terrible, doloroso, algo que era la voluntad de Dios.

La misma «Anunciación del dolor», que cae tantas veces en la vida de los mortales.

Porque Dios, cuando quiere invitarnos a la gloria, lo hace muchas veces llamándonos por medio del dolor.

Como a la Virgen.

Es difícil decir que sí. Pero hay que decirlo: es Dios.

Hágase en Mí según tu palabra.

La anunciación de la alegría y de...

María Dolores está todo el día que no sabe ni lo que se hace; ha roto dos vasos en la cocina, ha quemado una camisa de su padre con la plancha..., está como desquiciada.

Es que ayer, por fin, se lo dijo Antonio. Y no es que la coja de nuevas, no. Ella lo sabía perfectamente; ella estaba esperando ese momento desde hacía no sé cuánto tiempo. ¡Lo que ha rezado ella por esto! Tiene la aprobación de sus padres, de todos los que más la quieren, que conocen muy bien a Antonio; y, sin embargo, ayer, cuando él se decide, ella es la que se apura y le dice que lo tiene que pensar y que ya le dará la respuesta dentro de dos días...

Con lo cual, Antonio está frito y ella está que no sabe lo que hace. Sabe que está bastante claro que ésa es la voluntad de Dios para con ella. Dios ayer le hizo su «Anunciación» por medio de Antonio y ella sabe que ésta es una llamada a una nueva vida.

Una vida con sus alegrías, y también con sus momentos duros y difíciles. Una vida en la que, como en todas, es la lucha la que consigue el triunfo, es el sacrificio el que conduce a la dicha. Una vida en la que tendrá que agotar todas sus reservas de sacrificio, de entrega.

Ayer fue la «Anunciación» de María Dolores. Se lo dijo Antonio; pero venía de Dios.

Y ella va a decir que sí. Que sí para toda la vida..., para todas las alegrías y para todos los sacrificios.

Que sí para el triunfo y que sí para la abnegación.

Como la Virgen.

He aquí la esclava del Señor.

Hágase en Mí según tu palabra.

Los Siete Dolores de la Virgen



Dolor 1.º: Simeón

Simeón no te dijo más que la pura verdad: ser Madre de Cristo no iba a ser, precisamente, divertido en esta vida.

Iba a ser muy duro; Tú ya lo sabías cuando dijiste que sí.

Es a nosotros, Madre, a quienes nos tienes que convencer de que ser católicos no es precisamente:

una postura elegante,

una aureola honrosa, una de esas cosas que están

«bien»,

un buen carnet de circulación en ciertos ambientes,

un buen peldaño para subir, una buena coraza para hacerse invulnerable a la justicia de los hombres...

Convéncenos, Madre, de que ser católicos es seguir a Cristo, y esto es: sufrir por Cristo, negarse a sí mismo por Cristo...

Dolor 2.º: Herodes

Ya sé que lloraste mucho, Madre, cuando te enteraste de lo que Herodes hizo en Belén. Tú conocías a los niños asesinados, los habías tenido en tus brazos, los habías besado.

Herodes sigue matando inocentes, Madre...

El padre es un obrero que gana muy poco, y el niño se está muriendo en aquel camastro, de anemia o de escrofulosis o de no sé que...

Lo está matando Herodes, Madre; lo está matando Herodes.

Hay otra familia muy católica con un niño hermosísimo, uno sólo. Sus padres saben que podían haber sido tres o más...

Los ha matado Herodes, Madre; los ha matado Herodes.

Llora, Madre Dolorosa, porque la suerte de esos niños es mucho peor que la de los Inocentes de Belén.

Estos otros no irán al cielo; no podrán ir al cielo por toda la eternidad.

Dolor 3.º: Niño perdido

Lo perdisteis, Madre, porque os arrastró la «gente». Lo encontrasteis cuando fuisteis en dirección contraria a la que iba la «gente».

Ruega por nosotros, Madre de los Dolores, porque nosotros sí que estamos perdidos entre la «gente».

Vamos a donde va la «gente»; hacemos lo que hace la «gente»; vamos a Misa y rezamos, porque lo hace la «gente»; somos hasta católicos, porque lo es la «gente».

Estamos perdidos, Madre; perdidos en medio de la «gente».

Dolor 4.º: Vía Crucis

El Vía Crucis, Madre, es la calle Mayor, la única calle del mundo; la calle por donde vamos todos, la calle a la que nos asomamos todos.

La calle en donde unos cuantos pegan y escupen a Cristo, y donde muchísimos de nosotros cometemos el más ruin de los pecados: «mirar desde la acera» a Cristo que pasa sufriendo y redimiendo.

Los cobardes que miramos desde la acera, los que creemos que no hacemos nada malo; los que hemos desayunado esta mañana y ahora salimos a la calle a ver cómo Cristo lleva la cruz y le clavan en ella; los que volvemos luego a casa, a comer al mediodía; los que volveremos a salir a eso de las tres a ver cómo muere Cristo, y luego volveremos a casa a cenar y a dormir.

Dolor, Madre, por los que estamos mirando desde la acera.

Dolor, Madre, por los que comemos tres veces al día y luego salimos a mirar cómo Cristo y otros hombres llevan su cruz por el mundo.

Dolor 5.º: Muerte

Ahora es cuando estás más cerca de El, Madre. Todavía más cerca de El que en Belén, más cerca de El que en Nazaret.

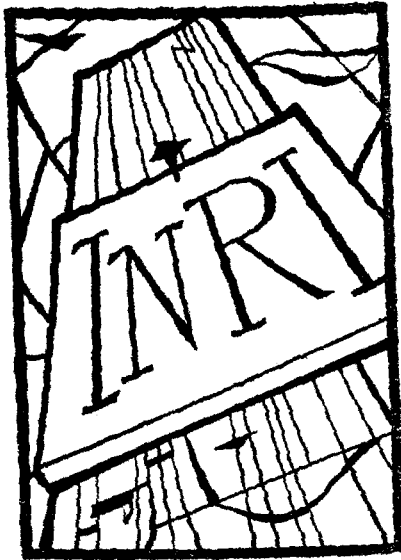
Tienes que estar también cerca de nosotros en ese día...

Madre, yo voy a morir en una cama, con mi familia y todos mis seres queridos junto a mí... Pero yo quiero que entonces estés Tú allí, Madre.

Yo voy a morir después de una operación, rodeado de médicos, caretas de oxígeno, sueros y cosas de mi vida pasada... Yo quiero que entonces estés Tú allí, Madre.

Yo voy a morir de aquel ataque al corazón que me dará una noche, solo, sin poder encender la luz

Los cuatro brazos de la Cruz



I

El brazo derecho

El brazo que se extiende hacia Dimas, el buen ladrón.

El brazo que extiende la mano de Cristo hacia todas las cruces y dolores del mundo.

El brazo que nos ofrece el perdón de Dios a todos los ladrones y los canallas de la vida, que un día tengamos la gracia de arrepentirnos.

El brazo que mira a Dimas, el de «la mano tendida» de Cristo hacia el mundo.

El brazo derecho, que busca llenar el cielo de ladrones, Magdalenas, Zaqueos, adúlteras, centuriones, samaritanas y pecadores.

El inmenso brazo derecho de la cruz, que llega hasta el último extremo del mundo donde pueda hallarse un hijo pródigo que come bellotas pero se acuerda de su Padre.

El brazo derecho de la cruz, que con su omnipotencia ha hecho el milagro de que ya no sea absurda la expresión: «el buen ladrón»; y que puede hacer el milagro de que no sean absurdas las frases: «el buen comerciante», «el buen político», «la buena artista de cine».

El brazo derecho de la cruz, tendido sobre toda la miseria espiritual y moral del mundo:

sobre nosotros, los patibularios,

sobre nosotros, los desnudos,
sobre nosotros, los reos miserables...

El brazo derecho de la cruz, con la mano abierta de Cristo, para que cualquier día de la vida, tengamos la corazonada de decir: ¡Señor!, y El responda que nos lleva al paraíso.

El brazo derecho de la cruz, como una grúa de potencia infinita para levantarnos a todos los miserables hasta el abrazo de Dios.

II

El brazo izquierdo

El brazo que apunta a Gestas, el mal ladrón.

El brazo que se lanza como un rayo sobre todo lo maldito del mundo.

La cruz, signo de contradicción entre los que se colocaron a la derecha y a la izquierda del supremo sacrificio.

El brazo izquierdo clavándose en la blasfemia y la contumacia del obstinado que no supo comprender lo cerca que tuvo siempre el perdón de Dios.

El brazo izquierdo de la cruz con la mano de Cristo cerrada, para caer terriblemente sobre los que despreciaron su perdón y su sangre.

El brazo izquierdo de la cruz proyectando una sombra fatal sobre los escribas y los logreros que ríen y triunfan debajo de la cruz; sobre los Pilatos contemporalizadores, que detrás de la cruz juegan la doble carta del catolicismo y otras cosas; sobre los Herodes y las Herodíades que se divierten allá abajo, mientras Cristo está redimiendo aquí arriba.

El brazo izquierdo de la cruz, como un dedo acusador e inexorable que descubre todas las trampas, chapuzas y componendas.

El brazo izquierdo de la cruz, como la cabeza de un inmenso martillo en manos de la justicia divina.

El brazo izquierdo de la cruz, en forma de horca, para que Dios cuelgue de ella a todos los malditos que renegaron del amor, de la sangre y de la redención de Cristo.

III

El pie de la cruz

El brazo más largo de la cruz. Comienza junto a Dios y se hunde en nuestra tierra.

El brazo que abraza el cuerpo de Cristo y se clava en el mundo.

El pie de la cruz, conquistando la tierra como el asta de una bandera, clavada en la cumbre del mundo.

El pie de la cruz, la única torre firme que queda en pie, cuando van cayendo todas las cosas.

El pie de la cruz, apretado al cuerpo de Cristo, vibrando con sus palpitaciones, empapado de la sangre, del sudor, de la agonía de un Dios.

El pie de la cruz, junto al cual los valientes sufren junto a Dios y los canallas siguen jugando, y rasgando la vestidura de Cristo.

Bendito pie de la cruz, como un puente vertical entre nuestro fango y Dios, como la única escala que une el cielo con la tierra.

Para que por él baje el dolor de Cristo hasta nosotros; y por él suba nuestro pobre dolor hasta Dios.

El pie de la cruz, como el poste que marca los límites de los campos del bien y del mal; poste que nunca han podido cambiar de sitio ni la fuerza ni el dinero.

El pie de la cruz, clavado en nuestra misma miseria, para que podamos abrazarnos a él, y sentir y palpar que nuestro dolor no es desesperado, no es maldito; pie de la cruz, donde nuestras manos dolientes encontrarán las huellas del dolor de Dios.

El pie de la cruz, hincado en el pecho de todos los hombres; este pie que nos pasamos la vida inútilmente tratando de arrancarlo, sencillamente porque nos duele; no sabiendo que arrancar la cruz sería arrancar a Dios de nuestra vida y de nuestra esperanza.

IV

La cabecera de la cruz

El brazo más corto de la cruz. El que mira al cielo. Porque de la cruz al cielo, el camino es muy corto. Es el brazo triunfal de la cruz.

El mismo Pilato, llevado por una fuerza superior a sí mismo, tuvo que grabar en él el triunfo de Cristo Rey.

No pudo arrancarlo nadie; ni podrá arrancarlo nadie; ni escribas, ni ladrones, ni soldados, ni emperadores, ni fariseos. Ni la fuerza ni la astucia.

Lo escrito, escrito está. No lo puede arrancar ni el mismo Pilato. Ha podido llevar a Cristo a la cruz. Pero no podrá hacer que la cruz no sea el triunfo de Cristo.

Y nuestro triunfo.

También en la cabecera de nuestras pobres cruces está grabada la inscripción de nuestro reino. Y no podrá arrancarla nadie. Si hemos subido a nuestra cruz con Cristo, también para nosotros:

Lo escrito, escrito está.

Vía Crucis



Oración preparatoria

Jesús.

Yo estaba allí desde hace dos mil años. Fui yo el que te llevé a Anás y a Caifás, a Herodes y a Pilato, a los azotes y a la corona de espinas, a la cruz y a la muerte.

Fui yo, Jesús.

Fueron mis pecados de ayer y de hoy y de siempre.

Yo te preparé este desfile de sangre y de muerte.

Este Vía Crucis.

Yo he pisado este camino detrás de Ti, gritando y riendo. Yo he pisado la sangre que Tú dejabas; yo he pisado el sudor, los trocitos de piel y los pelos que arrancó la tierra en tus caídas.

Me pesa, Jesús.

Hoy quiero recorrer este camino. No como asesino.

Si Tú me dejas, Jesús..., quiero recorrerlo contigo.

Esta vez... como amigo.

1. Jesús condenado a muerte

Tenía que suceder así.

Habías dicho muchas cosas, habías hecho muchas cosas que no nos gustaban a los hombres. No creas que ibas a escapar de nuestras manos.

Nos habías llamado fariseos y raza de víboras.

Llamaste bienaventurados a los pobres; dijiste que era difícil que los ricos entraran en el reino de los cielos.

Dijiste que teníamos que amar a nuestros enemigos.

Hacías y decías muchas cosas que no agradaban a los poderosos.

Eras amigo de pobres, de extranjeros, de viudas.

No pediste una recomendación, una influencia, no adulaste a nadie.

Tenía que suceder. El mundo te tenía que condenar. Te condenaron entonces y te condenaríamos ahora.

Te estamos condenando todos los días.

Porque no queremos ni tus mandamientos, ni tus consejos, ni tu sacrificio, ni tu estilo.

Tenía que suceder así. Condenado a muerte. Tú lo has buscado.

Jesús.

Ya sé que, si yo sigo tus pasos, también seré condenado.

Me apuntarán con el dedo, se reirán de mí, me llamarán hipócrita, me tendrán por necio.

Sin embargo, yo sé que Tú tienes razón.

Dame fuerza, Jesús, para seguir contigo. Aunque me tengan por loco, aunque me condenen.

Condenado contigo.

Porque yo sé que Tú tienes razón.

2. Jesús carga con la cruz

No, Jesús, Tú no. Esa cruz es mía.

No insistas; te digo que está hecha con mis pecados; soy yo el que debe cargar con ella...

.....

Está bien, Señor. Es inútil luchar contigo; Tú eres Dios, Tú siempre ganas.

Llévala, Jesús. Tú sólo puedes llevarla. No podríamos con ella todos los brazos de la humanidad.

La cruz de la Redención. No podemos nadie con ella.

No podría llevarla ni tu Madre, la única que pudo llevarte a Ti.

Llévala. Te lo pedimos todos los hombres.

Tú sabes muy bien cómo agarrarla. Tú fuiste carpintero desde niño. Tú sabes cómo se agarra un pesado madero, cómo se carga sobre el hombro.

Lo hiciste muchas veces en Nazaret: cogías los maderos, los ponías sobre tus hombros, y luego avanzabas... hasta donde había que avanzar.

Tú te has entrenado toda la vida para esto: para saber llevar bien un madero.

Este madero.

La madera fue siempre para Ti como una gran amistad. Tú la amabas, conocías todos sus secretos.

Por eso hoy Tú eres el único que conoces el secreto de esta madera de la cruz.

Abrázala, Cristo. Abrázala y anda.

Nosotros vamos detrás para aprender cómo se agarra, cómo se lleva una cruz.

Porque no sabemos... Y nos hace mucha falta.

3. Jesús cae por primera vez

Lo más sublime de este paso es ver cómo se levanta Cristo.

Sus músculos, sus nervios se tensan por un esfuerzo de su voluntad. Se afianza sobre sus pies; los separa para hacer fuerza sobre una base más extensa; se inclina resuelto y sus manos agarran resueltamente la cruz que está en el suelo.

Voluntad de cargar con la cruz, otra vez y todas las veces que haga falta.

Sus brazos se tensan y la cruz vuelve a subir de la tierra levantada por un Dios.

Dios ha caído, para que tú sepas cómo se levanta uno de la tierra y cómo se vuelve a coger la cruz.

Con la gallardía, con la firmeza de Cristo.

Dios quiere olvidarse de que has caído. A Dios le interesa saber que eres valiente, que te levantas, que agarras la cruz, que avanzas.

Quedar tendido en el barro es de cobardes.

Levantarse, volver a ponerse en tensión, cargar con la cruz, seguir adelante... es el gesto de Cristo.

Y el de los cristianos.

4. Jesús encuentra a su Madre

No puedes llevarla Tú por El, Madre. No puedes. Tiene que llevarla El.

No puedes morir Tú por El, Madre. No puedes. Tiene que morir El.

Ten cuidado, María; estos bárbaros van a notar en seguida que eres la Madre del condenado.

¿No ves que se parece muchísimo a Ti? Tiene tus mismos ojos, tu mismo gesto, todo tan igual...

Si es que no tuvo por padre a ningún hombre...

Se tiene que parecer, se parece todo a Ti y sólo a Ti.

Basta veros un momento para saber que sois Madre e Hijo. Sois iguales.

El lleva la cruz. Y Tú también. El la abraza ahora. Tú la vas a abrazar en cuanto la deje El.

El nos ha amado hasta la muerte. Y tú también.

El ha querido ser nuestro hermano. Tú has querido ser nuestra Madre.

No hay más que veros un momento juntos para saber que sois Madre e Hijo.

Sois tan iguales...

5. Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

No quería. Claro que no.

Era como uno de nosotros. No queremos llevar la cruz.

A Simón le obligaron a llevarla. A nosotros también. La cruz es algo inexorable, algo que encontraremos en cualquier camino de nuestra vida.

Agarró el madero con repugnancia. Sin embargo, poco a poco —no sabía por qué— su mano comenzó a acariciar, a apretar aquel madero.

Aquel madero tenía algo...

Hubo un momento, en un esfuerzo, en que la mano de Jesús, al querer agarrar bien la cruz, cogió debajo la de Simón, y levantó a la vez el brazo de éste y la cruz.

Simón comprendió en un instante lo que a nosotros tanto nos cuesta:

Que es Cristo quien lleva su cruz y gran parte de la nuestra.

¿Por qué quisiste, Jesús, tener necesidad de Simón?

Has querido tener necesidad de los hombres hasta para llevar la cruz, para hacernos redentores contigo.

Para decirnos que nuestras cruces son redentoras, son una prolongación de tu misma cruz.

Para decirnos que los hombres debemos ayudarnos unos a otros a llevar nuestras cruces.

En el camino de la vida, a mi lado, marchan muchos seres humanos que a veces no pueden llevar su cruz.

Los has puesto Tú allí para que yo les eche una mano, pero yo...

Y eras Tú mismo, que pasas tantas veces con la cruz a cuestas por todas las calles del mundo.

6. Una mujer enjuga el rostro de Jesús

Fue una mujer la que se atrevió.

Una mujer la que rompe las filas enemigas, a la vanguardia del verdadero catolicismo.

Había allí bastantes hombres de los de Cristo: los apóstoles, otros varios. Pero no se atrevieron: prudencia, respeto humano, miedo.

¡Ah! Es que los hombres somos la retaguardia del catolicismo. La retaguardia firme y compacta:

Detrás en el sacrificio, detrás en la entrega a Cristo, detrás en la iglesia en la Misa de los domingos...

Somos muy galantes los hombres... hasta en catolicismo: dejamos que pasen delante las mujeres: les dejamos a ellas la vanguardia. Somos muy educados.

Que pasen delante Cristo y las mujeres. Nosotros vamos detrás, formando la retaguardia del cristianismo, una retaguardia sólida y compacta; todos de pie.

Delante hemos dejado que se arrastren Cristo con la cruz a cuestas, y unas pocas mujeres: las tres Marías, la Verónica.

Somos muy corteses los hombres: hemos dejado que sean las mujeres las que estén más cerca de la cruz de Cristo.

7. Jesús cae por segunda vez

Fue una zancadilla, Cristo. Lo sabes Tú muy bien, y lo sabemos nosotros.

Fue una zancadilla que te dimos alevosamente y por detrás, algunos de los que aparentábamos que íbamos muy compungidos detrás de Ti.

Tal vez una zancadilla disimulada de alguna de las llorosas hijas de Jerusalén que te van a salir al encuentro en la siguiente estación, todas deshechas en llanto.

Hay algunas que tienen tal facilidad de pecar y seguir apareciendo contritas, angelicales, devotas...

Por otra parte, entre tanta multitud de buenos y malos que seguían y siguen a Cristo, es tan fácil ponerle una zancadilla por detrás, sin que nadie lo note...

Y Cristo cae derrumbado por la zancadilla disimulada de los pecados de los buenos, de los que hemos hecho la nuestra y luego seguimos aparentando recititud; echando la culpa a los malos; a los sayones, a los de izquierdas, a los rojos, a Caifás, a Judas...

Cristo en el suelo por los pecados de los «buenos».

Esta caída te duele más, Cristo; te duele más porque fue una zancadilla por detrás.

8. Jesús habla a las hijas de Jerusalén

Ellas son buenas, Cristo. Lloran porque tienen compasión de Ti. Son buenas.

Pero lloran por lo que te han hecho a Ti... los otros, claro.

Lloran por lo malos que han sido contigo... los demás, desde luego.

Nos es muy fácil llorar por lo mal que hacen las cosas los demás; lo mal que está el mundo, la juventud, los cines, la economía, la política, las costumbres, la religión, los curas, los gobernantes, la moral pública...

¡Qué bien lloramos, Cristo, los pecados de los demás!

¡Qué destreza la nuestra de plañideros profesionales! Todo está mal, todos te ofenden, Cristo; lo deploramos mucho, lo deploramos todo.

Todo, menos nuestros propios pecados. Eso ya es otra cosa.

Por mi tribunal supremo pasa todo el mundo; todos menos yo mismo.

«Llorad por vosotras».

Cristo..., la verdad..., no se me había ocurrido; yo veo muy bien los defectos de los demás, lo mucho que te hacen sufrir, lo mucho que te ofenden los demás, pero yo...

Señor..., dame sinceridad y luz para ver y admitir que YO soy un gran pecador, que YO te he puesto así.

Señor, que vea que yo soy ese leño seco... Cristo, que aprenda a llorar por mí.

Por mis pecados.

9. Jesús cae por tercera vez

¿Se ha muerto? ¡No...; Cristo, no te puedes morir ahí: tienes que morir arriba, clavado en una cruz, tienes que hacer la redención sufriendo más, mucho más!

Esta es la razón por la que Cristo no se dejará morir ahí.

Un esfuerzo supremo de voluntad: voluntad de seguir viviendo, para sufrir más.

Cristo, si te hubieras dejado morir ahí, en la tercera caída, todavía habría sido una muerte gloriosa; todos los hombres te hubiéramos agradecido por haber sufrido por nosotros...; ya bastaba, Cristo, para que hubieras tenido una fama inmensa... y te hubieras ahorrado el morir clavado.

Los mejores de entre nosotros hacen muchas veces esto, Cristo: luchan por algún tiempo, pero pronto llega un día en que dicen que ellos ya han hecho bastante.

Que ya está bien; que ahora les toca descansar.

Nosotros... somos todavía menos que ellos: nos quedamos en tierra después de la primera o la segunda caída.

Nosotros, los flojos, los cansados de todos los tiempos.

Los que nos quedamos tumbados en el barro de nuestros pecados, en el barro de nuestro pesimismo, en el barro de nuestra flojedad.

¡Levántate, Cristo, para que sepamos que contigo podemos levantarnos todos!: los pecadores de toda la vida, los desesperados, los flojos, los pesimistas...

¡Podemos llegar hasta el fin, Cristo!

¡¡Podemos!!

10. Jesús es despojado de sus vestidos

Tú dijiste, Jesús: Bienaventurados los pobres. Ahora vas a cumplirlo Tú mismo al pie de la letra.

Te dejan sin nada.

Los que quieren tener más, te roban lo poco que

tienes. Lo vienen haciendo siempre en el mundo; lo siguen haciendo ahora.

Son las manos expertas, veloces, de siempre. Te arrancan sin compasión todo lo que llevas encima, aunque con ello te arranquen porciones de piel y de sangre.

Tú no sabes, Jesús, que el negocio es el negocio.

Un negocio que luego se repartirán ellos, en partes, a suertes..., como sea.

Tú sin nada, Cristo, es como vas a ser Redentor. Con la pura verdad de tu Cuerpo y de tu Sangre.

Somos nosotros los que llevamos muchas cosas encima, mucha ropa de farsa, de mentira, de falsedad.

Estamos cubiertos, enredados de apariencias.

No podemos, así no podemos subir a la cruz.

Vete despojándome, Cristo: de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos, de la soberbia de la vida.

Al fin, arráncame lo que más pegado tengo a la carne...

Arráncame el disfraz, Cristo.

11. Jesús es crucificado

Tus manos abiertas, Cristo, más abiertas que nunca para perdonar.

Tus pies quietos, Cristo, más quietos que nunca, para que podamos encontrarte siempre.

Tu cuerpo, Cristo, que se ajusta tan maravillosamente a la cruz, hecho por Dios en forma de cruz, destinado para la cruz.

Tu cuerpo y los cuerpos de todos nosotros, sorprendentemente fabricados en forma de cruz, con destino divino de que nos abracemos a ella.

La cruz que es nuestra empresa y nuestro triunfo.

La cruz para la que estamos hechos; la cruz de la que huimos como necios.

Por tus manos clavadas y abiertas, y por las mías ligeras, sensuales, hábiles para la injusticia, cerradas para odiar y golpear.

Perdónanos, Señor, que ya sabíamos lo que hacíamos.

Por tus pies quietos, cosidos y ensangrentados, y por los míos que han corrido por tantos caminos tortuosos, por mis pies manchados con el fango de la vida.

Perdónanos, Señor, que ya sabíamos lo que hacíamos.

Perdónanos, Cristo, aunque supiéramos lo que era pecar; aunque supiéramos lo que era clavarte de manos y pies, aunque supiéramos lo que era tenerte colgado entre el cielo y la tierra por tres horas de tormento.

Perdónanos, Señor.

¡Aunque supiéramos lo que hacíamos!

12. Jesús muere en la cruz

Dios inclina la cabeza...

Muerto.

Tú también, Jesús, muerto.

Muerto, como mi padre, que en sus últimos momentos apretaba mi mano con la suya, y hubo un momento en que ya dejó de apretar y de estar a mi lado, y de presidir la mesa...

Muerto, Tú, Jesús, como murió aquel esposo mío, mirándome, con los ojos terriblemente abiertos, con la enorme compasión que me daba el pobrecillo, que ahora, cuando me acuerdo, me vuelven a saltar las lágrimas...

Muerto, Tú, Jesús, como aquella hija nuestra única de veinte meses que ya sabía decir: «Papá» y «Mamá», y sonreía y nos daba besos..., y una madrugada se nos moría, toda coloradita y sin poder respirar.

Muerto, Tú, Jesús, como el que murió abandonado y deshecho en el campo de concentración.

Muerto, Tú, Jesús, como los que han muerto en las guerras, como los que han muerto en los mares.

Tú, Jesús, que no debías morir, muerto como todos los muertos del mundo...

Muerto, como yo voy a morir un día.

Gracias, Cristo, hermano mío en la muerte.

Gracias, porque has querido morir. Ya no es tan dura para mí la muerte de los míos. Ya no va a ser tan dura mi propia muerte.

Eres mi hermano, Jesús, porque Tú también has muerto.

13. El descendimiento

Tómalo, Madre, ya está; te lo devolvemos.

Así, en tus brazos, Madre como lo tenías en Belén, ¿te acuerdas?

Tú nos lo diste en Belén para nosotros, para todos los hombres. Mira cómo te lo hemos puesto...

Perdona, Madre; te lo estabas temiendo: que los hombres no sabríamos cómo tratar a Dios.

Hoy te lo devolvemos; es el mismo. Ya sabemos que Tú le reconoces a pesar de todo..., eres su Madre.

El mismo que Tú adormecías en Belén meciéndole en tus brazos, cantándole una canción.

Ahora también está dormido; lo hemos conseguido nosotros, ha pasado por nuestras manos criminales; le hemos cantado la canción del pecado y de la muerte.

Se ha dormido, Madre, y ya no sabemos qué hacer con El.

Hemos venido también, para pedirte una cosa...

Que nos perdones, de tu parte... y de parte de El.

Otra cosa, Madre...

Dale un beso, de tu parte... y de la nuestra.

Así..., como se los dabas en Belén.

14. Jesús es sepultado

Te han llevado.

Te han puesto en las tinieblas; te han cubierto con unos lienzos; después han rodado la piedra de tu sepulcro; terminó el sufrimiento.

Todo se ha acabado.

¡No!!

¡Tu Vía Crucis, Cristo, no ha concluido!

Tu Cuerpo místico seguirá recorriendo el camino del Calvario hasta el fin de los siglos.

Tú sigues sufriendo en todos los hombres que nos vamos relevando en el camino de la cruz.

Cristo, que todavía pasas por todos los caminos del mundo con las cruces de todos los hombres;

De los que no quieren, de los que no pueden llevar su cruz;

De los que caemos tantas veces; de los que no ayudamos a llevar la cruz de nuestro hermano...; de los que dejamos la nuestra sobre los hombros de los demás...

Sabemos que detrás de la cruz y de la muerte está la victoria...; pero, solos, no podemos.

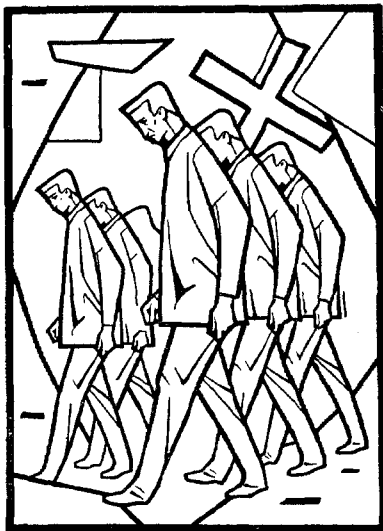
Señor, te pedimos que vengas otra vez a correr el camino de la cruz.

Esta vez el nuestro.

Cristo, hermano...

Ven otra vez... con nosotros.

Tres Estaciones más del Vía Crucis



ESTACIÓN XV

Cristo camina por los caminos del mundo

No ha concluido el Vía Crucis.

No son solamente catorce las Estaciones. Las rutas del dolor de Cristo no acabaron en el sepulcro de José de Arimatea.

Tu Vía Crucis, Cristo, es mucho más largo. Tú quisiste que nosotros, los cristianos, fuéramos algo de Ti mismo, los miembros de tu Cuerpo Místico.

Tú lo has querido, Cristo. Ahora tendrás que salir del sepulcro y empezar otra vez el camino de la cruz...

Por todos los caminos y por todas las calles del mundo.

Millones de cruces, Cristo; millones de pasos tambaleantes...

Si no fuéramos tus miembros, no te dolería; pero Tú has querido que seamos miembros de tu mismo Cuerpo, y ahora:

Te dolemos los cristianos.

Te dolemos con el peso de nuestras cruces: las cruces de los niños, las cruces de los grandes; esas cruces que no sabemos querer, esas cruces que no sabemos llevar.

Esos caminos del mundo, que tienes que recorrer otra vez con nosotros, para llevarnos al triunfo.

Te he visto, Cristo, con la cruz, camino del taller.

Te he visto, Cristo, con la cruz, camino de la clase.
Te he visto, Cristo, con la cruz, subiendo las escaleras del hogar.

En la tierra, en la calle, en el barco, en el cuartel, por los rincones de la casa, en la vida toda...

Está todo lleno de Cristos con sus cruces a cuestras.

Me da respeto, Señor, ese Cristo que pasa junto a mí todos los días con una cruz como la mía.

Me da respeto ese Cristo que veo avanzar con la cruz por todos los caminos del mundo...

ESTACIÓN XVI

Cristo cae sobre el suelo del mundo

Más de tres veces, Cristo, mucho más.

El mundo está lleno de cruces caídas. Parece un campo de batalla después de un combate. Hay innumerables tendidos en tierra:

Son los heridos, los cobardes; han arrojado el arma de la cruz. Quisieran levantarse y avanzar sin armas, pero es inútil: sin empuñar la cruz no se puede dar un paso hacia el triunfo.

Son miembros tuyos, Cristo. Es algo tuyo lo que está caído por los campos, por las calles del mundo.

Pudiste levantarte tres veces; ¿podrías levantarte trescientas?, ¿tres mil?, ¿tres millones?

¿Podrías levantarte siempre, Cristo?

Desde aquella tercera caída, hemos estado arrojándote al suelo millones de veces.

Yo he visto, Cristo, cómo te han dejado fuera de combate sobre todos los suelos del mundo:

sobre el polvo de los caminos,
sobre el asfalto de las calles,
sobre las alfombras de los hogares,

sobre las tablas de los escenarios,
entre las mesas de los grandes despachos,
por el suelo de la alcoba más sagrada del hogar,
junto a las gradas de tus mismos altares.

¡Está el suelo del mundo lleno de cruces caídas, Cristo!

Tú solo no podrías, Cristo. Necesitas de nosotros. Sin nuestro consentimiento, nunca levantarías esas cruces. Para levantarlas, es verdad que es necesaria toda la fuerza de un Dios; pero es imprescindible el permiso de los hombres.

Tú, en el suelo, Cristo, y nosotros también, y entre nosotros, una cruz caída que es de los dos;

una cruz que no podemos levantar si no lo queremos los dos.

En realidad, sólo falta que lo quiera yo, para que haya una cruz en alto y otro Cristo que siga caminando hacia el triunfo por los caminos del mundo.

ESTACIÓN XVII

A Cristo le clavan en las cruces del mundo

Perdónales, Cristo, porque no saben lo que hacen, cuando se aprovechan de Ti, cuando te veo sufrir en masas inmensas de seres humanos a quienes, como a Ti, han despojado de lo puesto para ponerlos desnudos en la Cruz.

Perdónales, Cristo, porque hay gente que ya estaba bien vestida, y se está rifando el único vestido que Tú tenías.

Hoy estarán contigo en el Paraíso, no precisamente los que te desnudaron y se repartieron tus cosas, ni tampoco todos los desnudos y clavados en cruz, no. Estarán contigo en el Paraíso sólo los que estén cla-

vados en su cruz y sepan aceptar y amar la cruz contigo. No estarán contigo los que maldigan tu cruz, aunque estén clavados a la fuerza en una cruz. No estarán contigo los que desde abajo se ríen de la cruz, aunque sean poderosos y tengan lanzas.

Tienes sed... y hambre. Te he visto, Cristo, en los suburbios, en las aldeas, en la geografía inmensa de los continentes y las islas del mundo; te he visto en Cristos innumerables que padecían hambre de pan y sed de una sociedad humana más justa; todos crucificados, miserables, con las bocas entreabiertas, mientras los hombres de abajo, los del hierro y de la fuerza, les daban vinagre en una lanza presentada de punta.

Tienes mucha sed, Cristo; la sed de tantos niños, cuyas madres no tienen pecho, cuyos padres no tienen dinero; la sed de tantos grandes que tienen derecho al descanso, a la alegría, a la vida de seres humanos...

La sed de amor noble de los que no pueden formar un hogar...

La sed de salud del enfermo que no tiene medios para curarse...

La sed de vivir la vida digna de los seres humanos, de los hijos de Dios, de los miembros de Cristo en la tierra.

No ha concluido tu Vía Crucis.

Cristo, hermano, por favor, acompáñanos a llevar nuestra cruz por las Estaciones del mundo.

Dos Salmos de Pascua



El primero es un Salmo maldito.

Con Aleluya y todo.

Cuando Aleluya no quiere decir una alabanza a Dios, sino un grito salvaje de triunfo animal, al que queremos cubrir socialmente con catolicismo, religión, piedad, iglesias, procesiones, velas y aleluyas.

Es un Salmo del revés.

Un Salmo que se canta bastante en las sombras de la vida.

Un Salmo maldito. Empieza con el pecado y luego se le tapa con Dios, con Aleluya.

Lo habréis oído cantar varias veces. Es un Salmo así:

¡Aleluya!

Ayer, en la tertulia del café, estuvieron felices y ocurrentes don Felipe, don Gaspar y don Juan Antonio. Claro que, a lo mejor, no es verdad todo lo que contaron, pero... era muy interesante. ¡Lo que saben esos hombres de la vida privada de los demás! Claro que ellos lo comentaban con fines moralizadores. No faltaba más... ¡Aleluya!

Chica, ayer lo pasamos estupendo: yo llevaba el vestido aquel que me sienta tan bien. ¡Si lo notaba en las miradas que me echaban los hombres...!; pasamos una velada estupenda. Arturo y Luis estuvieron lo más joviales y simpáticos conmigo. No, mi marido no asistió. Es un anticuado. Además, la velada era a beneficio de los tuberculosos de la parroquia... ¡Aleluya!

Nos ha salido estupenda la maniobra. Era un individuo peligroso; decía las verdades como son. Le hemos metido en una acusación seria. No han faltado testigos; todo bien previsto. Se ha hundido. Lo sentimos mucho, pero no había más remedio que hacerlo. Ah... y todo con Dios, porque yo soy de derechas... ¡Aleluya!

Mira, la vida está cara y yo ya me voy volviendo bastante vieja para trabajar. No me gusta el hacer demasiadas preguntas a mis hijos. Ya tienen su edad. Julián tiene ya veinticuatro, y no sé dónde trabaja, pero lo bueno es que hay noches que trae hasta mil pesetas.

Rosita tiene veinte, y ya se ha hecho unos vestidos y trajes preciosos; va como una reina..., ¡como que es hija mía!; y hasta trae dinero a casa. No veo por qué voy a ir indagando por dónde andan ni de dónde viene el dinero que dejan en mis manos. Son unos buenos hijos. Los dos llevan la medalla de la Virgen al cuello; ¡como que se la puse yo misma...! ¡Aleluya!

Hemos hablado y escrito todo lo que hemos querido contra «los otros». Hemos dicho todas las mentiras verosímiles que hemos podido. Les hemos llamado ladrones, anticatólicos, malos, hijos del diablo. Hemos contado la historia como hemos querido. Hemos dicho que Dios pensaba «como yo»; que Dios quería «lo que quiero yo». Si yo era de los de abajo, he dicho estas cosas de los de arriba; si yo era de los de arriba, he dicho estas cosas de los de abajo; si yo era de una familia, he dicho esto de la otra; si yo era de un equipo, he dicho esto del otro; si yo era de un país, he dicho esto del otro... porque Dios era y es sólo de los de mi lado, de mi familia, de mi país, de mi tribu, de mi equipo, y... claro: yo con Dios o, mejor dicho, Dios conmigo... ¡Aleluya!

* * *

Desgraciadamente, hay veces que cantamos el Aleluya...

Y no es Pascua en la vida de los hombres.

* * *

Aleluya..., sí. Claro que sí.

Porque Cristo ha resucitado y nosotros también resucitaremos.

Cuando me sonrío la vida... ¡Aleluya!

Cuando me estruja el dolor y la pena... Aleluya, también, porque me esperan la sonrisa, el triunfo y la vida para siempre.

La vida de un cristiano, de un cristiano de veras, es Aleluya, aun en los días negros. Nuestros días son los versículos ondulantes de un Salmo existencial; versículos blancos y negros, versículos anchos y estrechos, versículos suaves y ásperos...

Versículos que todos riman al final con la esperanza..., con Aleluya.

Un Salmo bendito.

Un Salmo así:

¡Aleluya!

A Fernando le han subido el sueldo. Tal vez podamos encontrar una habitación donde podamos vivir como seres humanos. Podremos seguir comprando las medicinas de Pepín. Le haremos un vestidito nuevo a Ana Mari. Anoche, Fernando y yo estuvimos haciendo planes y riéndonos sin saber por qué... como unos tontos. Señor, gracias... ¡Aleluya!

Me han suspendido, y tengo que repetir año. Para esto todos mis esfuerzos y mis malos ratos durante el curso. Había estudiado. Iba bien preparado. Es inútil: no me creerán en mi casa. ¿Para qué todo mi esfuerzo de un año entero? ¡Perdón, Señor!..., si te sirve algo para Ti y para tus almas, tómallo, Señor... ¡Aleluya!

Yo no sabía que tener un hijo era esta alegría. Y... tiene mis mismos ojos... y la naricilla es la misma de Pilar... Yo no sé... si desde que él ha venido, a pesar de ser tan pequeño..., parece que está ya la casa llena... Y lo mejor es que, desde que él está en medio, Pilar y yo nos queremos más. Y yo siento unas ganas fuertes de ser mejor...; ya soy mejor desde que ese crío llorón alborota en mi casa. Gracias, Cristo... ¡Aleluya!

No me lo quieren decir, pero yo ya no tengo ninguna duda. Es cáncer. Me quedarán seis meses de vida..., tal vez cuatro, tal vez ni eso... ¡No! ¡No quiero morir! ¡No quiero...! Perdón, Señor. Ya sé que Tú también moriste... y resucitaste..., ¡y yo también resucitaré contigo...! Tengo cáncer, Señor... ¡Aleluya!

Tú le conoces, Señor. Es el mayor de los del principal izquierda. Es un chico bueno, simpático y..., un chico que... me gusta. Me paso las horas tontas pensando en él. No creo que es ilusión mía, pero desde hace algún tiempo estoy segura que se hace el contradictizo conmigo en la escalera, en el portal; finge que va en mi misma dirección para acompañarme un par de calles... Ayer, por fin, se atrevió a decirme si quería salir hoy con él al cine... Casi no he dormido esta noche. ¡Esta tarde salimos! Gracias, Señor... ¡Aleluya!

* * *

La vida es así, Señor...: sollozo y sonrisa...

Tu triunfo de la muerte, y nuestra fe en Ti, eleva nuestros sollozos y nuestras sonrisas a la altura de la eterna esperanza.

Gracias a Ti podemos hacer de nuestra vida un Salmo de Pascua.

La vida es así, Señor... ¡Aleluya!

Cleofás y el otro



Dos hombres honrados.

Están perfectamente descritos en el capítulo 24 de San Lucas: uno dice que se llamaba Cleofás; el otro no dice cómo se llamaba, pero, en realidad, no interesa.

Porque se trata de otro individuo igual que Cleofás..., igual que tú, que yo, que muchos de nosotros: hombres buenos, en el fondo, que hemos conocido a Cristo, que somos cristianos, que caminamos un poco despistados por los caminos de la vida, y que hablamos... sin saber muy bien lo que decimos.

Cleofás y el otro eran gente buena.

Como muchos de nosotros: amigos de Cristo, pero enemigos de líos y de compromisos. Si, con esto de la muerte de Cristo, el cristianismo de Jerusalén se pone comprometido, se toma silenciosamente el camino de Emaús, donde se puede seguir siendo cristiano ignorando los problemas cristianos de vanguardia y todo el lío que ahora supone el ser cristiano en Jerusalén, allí donde ha sido ajusticiado Cristo.

Cleofás y el otro, suavemente, tiran para Emaús.

Son dos cristianos conservadores y prudentes; son de los de nuestra casa: de los que nos gusta ser cristianos y estar en paz con Dios, sin necesidad de meternos en vanguardismos católicos de cuestión social, de derechos humanos, de responsabilidades apostólicas y comunitarias...

No queremos saber nada de esto y, cogiendo nuestros bártulos, nos vamos de Jerusalén a Emaús.

Como Cleofás y el otro, queremos vivir nuestro cristianismo en paz. En Emaús. Donde no nos enteramos, ni queremos enterarnos, de los problemas más candentes e ineludibles del cristianismo, de los problemas que surgen allí donde ha sufrido y ha muerto Cristo, y allí donde sufren y mueren los otros Cristos, que son nuestros hermanos los hombres.

Dejémonos de líos y vámonos a Emaús con nuestro cristianismo conservador bien empaquetadito en la mano, y con Cleofás y compañía...

Han quedado unos pocos cristianos en Jerusalén, es verdad, pero es mucho lío quedarse en Jerusalén después de la muerte de Cristo.

Entonces y ahora es mucho lío enfrentarse con todos los serios problemas que presenta el auténtico cristianismo.

No tenemos por qué complicarnos la vida; no queremos saber lo que pasa en Jerusalén..., lo que pasa al cristianismo de Cristo muerto en la cruz, al cristianismo de Pedro y los Apóstoles, de María y las mujeres valientes...

Nosotros, con Cleofás y el otro, discreta y suavemente, tomamos el camino de Emaús; allí haremos una iglesia y seremos buenos.

* * *

Cleofás y el otro discuten la situación por el camino.

La conversación es de lo menos original que puede darse. Están diciendo, precisamente, lo que solemos decir nosotros, los hombres profundos y de experiencia, cuando analizamos la situación.

Cleofás le está diciendo al otro que la situación está que no puede ser.

El otro le está diciendo a Cleofás que la cosa está que es un asco.

Nada; que hubo un tiempo en que ellos creyeron en Cristo, y en que Cristo y el cristianismo iban a arreglar todo esto; esperaban en un mundo mejor (en el sentido espiritual, claro está), esperaban también en la libertad de Israel del yugo de Roma, en la disminución de las contribuciones, en la baja de los precios, y hasta en unos años de estupendas cosechas...

Decían, más o menos, lo que solemos decir nosotros tantas veces: que esto va mal y que no puede seguir así..., que nosotros creíamos que el cristianismo y la Iglesia iban a arreglar muchas cosas en el mundo..., pero nada.

Dios mismo parece que no nos hace caso; ahí está el problema social, el problema de la vivienda...; nosotros creíamos que Dios y la Iglesia y los curas iban a arreglar esto..., pero nada.

Nosotros esperábamos que el cristianismo y la Iglesia harían que los que lloran no lloren, que los que se mueren de hambre coman a pan y manteles, que los que lo pasan mal lo pasen bien, que los que lo pasan bien lo pasen mejor...

Nosotros esperábamos que Dios y el cristianismo y la Iglesia y los curas harían de este mundo una Jauja santa, donde serían exterminados los malos (que son los otros), y donde triunfaríamos con Cristo los buenos (que somos nosotros). Como Cleofás y compañía camino de Emaús, nosotros vamos comentando, más o menos, las mismas cosas y en el mismo tono, cuando vamos camino del café, en el café y de vuelta del café.

Cleofás y el otro, nuestros patronos.

Los precursores de toda esta masa egoísta, comodona y tonta de cristianos, que somos muchos de nosotros.

Los que huimos del cristianismo verdadero y lue-

go decimos que Dios y la Iglesia no han arreglado este mundo.

La pobre caravana de hombres de poca fe, los eternos pesimistas y cenizos que huimos del sacrificio, y luego tenemos siempre algún comentario barato e irresponsable contra los demás hombres, contra la Iglesia y, tal vez, contra Dios.

A Cleofás y al otro, Cristo les llamó «necios y tardos de corazón».

A nosotros, los prudentes católicos y, tantas veces, expertos comentaristas, es fácil que Cristo nos dirigiera epítetos todavía más recios.

Cleofás y el otro y un buen equipo de nosotros, no nos hemos enterado todavía de que el cristianismo no es precisamente un asunto de multiplicar panes y peces, y de tumbarse en la hierba y comer, y luego, con la tripa llena, gritar: ¡Viva Cristo Rey!

No. Cristo les tuvo que explicar a Cleofás y al otro que el cristianismo consistía en aguantar y padecer y morir, y así entrar en la gloria eterna.

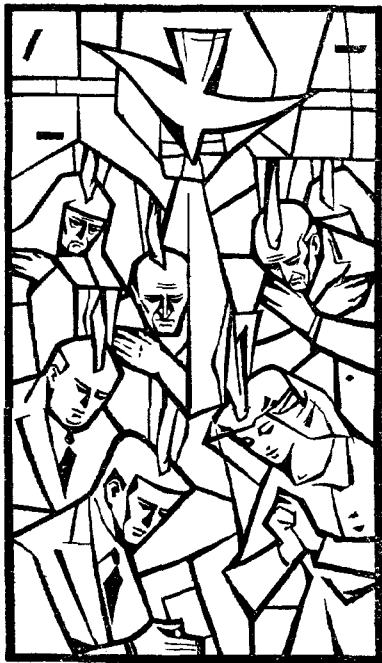
Quédate con nosotros, Cristo, porque se está haciendo de noche y nosotros, con nuestro cristianismo conservador a la espalda, vamos a llegar hasta Emaús..., o hasta el infierno.

Ven a nuestra tertulia, Cristo, porque nos falta originalidad en nuestros comentarios, y me temo que decimos algunas estupideces que hacen buenos a Cleofás y al otro.

Dinos, Cristo, que es Pascua y que Tú has resucitado, para que volvamos corriendo a Jerusalén a ser cristianos de los buenos.

Como Cleofás y el otro.

¡Pentecostés para estos pobres católicos!



Nos hace falta un Pentecostés.

Nos hace falta el Espíritu Santo.

A nosotros, pobres cristianos, que creemos y no creemos, que hacemos y no hacemos;

que nacemos, nos bautizamos, rezamos, pecamos, nos confesamos, morimos y nos entierran en sagrado.

Pentecostés sobre nosotros, los católicos, que nos parecemos tanto a los paganos..., o a un mamífero cualquiera.

Animalis homo, que decía San Pablo: el hombre-bicho.

Nos hace mucha falta el Espíritu de Dios: el Espíritu Santo.

¡Pentecostés para estos pobres católicos!

* * *

Para los católicos cómodos.—Los «suavemente» católicos. Los que mecen su cristianismo al dulce compás de la vida y de las cosas.

Para los que ya tienen su tranquilidad, su pisito, su sueldito, sus pastillitas contra la acidez de estómago; no tienen más que 15 de tensión; van a Misita los domingos; no molestan a nadie, ni a Dios ni a los hombres; no se meten con nadie, ni con Dios ni con los hombres; toman el sol los días que hace fresquito, están a la fresca los días de calor y van a comulgar por Pascua Florida.

Viven buscando su propia gana y comodidad co-

mo cualquier otro vertebrado, con la diferencia de que son católicos, y les harán funerales en la iglesia cuando se mueran.

Pentecostés para los miles, los millones de estos católicos, para que se enteren de una vez que el Cristianismo se ha hecho con una cruz y unos clavos, y a fuerza de martillazos y sangre y sacrificio.

Para los apenas católicos.—Para los que tienen una medalla en el cuello y un Cristo en su alcoba, pero cualquier tontería en el corazón y cualquier mezquindad en la cabeza.

Pentecostés para los que no esperan ni sueñan en el Reino de Dios, sino en cualquier otra cosa infinitamente más pequeña: en el permiso de importación, en el aumento de sueldo, en la semifinal de Copa, en estrenar el vestido nuevo...; no tienen mayores aspiraciones en la vida. La vida eterna... no les interesa.

Son los católicos pequeñitos, los micro-católicos; la vida eterna les viene grande...: casi merecen que Dios les dé ese aumento de sueldo, les dé el campeonato de Copa para su equipo favorito, les dé ese vestido nuevo..., y luego les quite la vida eterna.

Pentecostés para los micro-católicos: los que sólo saben que Cristo y la Virgen son unas cosas para besar; que la Misa es una cosa para llevar mantilla; que los sacramentos son una cosa para ir una vez al año; que la muerte es una cosa para encender unas velas y ponerse de luto. Los católicos pequeñitos que no ansían la vida eterna, porque en lo único que sueñan ellos es, en la tarde del domingo, en la inversión esa de capital...

Pentecostés para los católicos chiquititos que apenas saben, ni les interesa, qué es la rendición de Cristo, la gracia santificante, el Reino de Dios...

Para los demasiado católicos.—Los católicos por antonomasia, los fuera de serie, los supercatólicos, los monopolizadores de Dios.

Son los que han hecho a Dios de su equipo, de su tribu, de su bandera; los quijotes de la fe, de las costumbres y de su propia soberbia; los que combaten, atacan, excomulgan y condenan en nombre de Dios a todo el que no piensa como ellos.

Los que construyen el Reino de Dios, como los hijos de Zebedeo, estando ellos los primeros a derecha e izquierda de Dios. Los batalladores, los cascarrabias de la fe y de la moral; los que no hubieran dejado tratar a Cristo con publicanos y pecadoras; los que no le hubieran dejado charlar con Samaritanas, comer con Zaqueos, perdonar a ladrones desde la cruz.

Son los que el día de Pentecostés no hubieran abierto el balcón para lanzar el Evangelio a Medos, Partos y Elamitas, sino que hubieran organizado el Catolicismo como un club privilegiado de selectos.

No son malos, pero se les ha subido su catolicismo a la cabeza. Tal vez tienen mucho catolicismo de cerebro, pero poco de corazón. Tal vez no saben que la fe y la moral no son unas cosas para arrojarlas a la cara de los de enfrente, sino para ponerlas con amor y cariño en sus corazones.

Pentecostés, para que puedan comprender que puede haber personas que no son de su tribu y son tan buenos católicos como ellos.

Pentecostés para ellos: para que no se inquieten cuando el Papa o la Jerarquía no les consultan a ellos acerca de lo que hay que hacer en la Iglesia.

Para los buenos católicos.—Porque siempre pueden ser mejores. El primer Pentecostés vino sobre los Apóstoles.

Los Apóstoles eran buenos, desde luego; pero podían ser mejores.

Hay muchos buenos católicos también hoy, y el Espíritu Santo puede hacerlos todavía mejores.

Puede concederles la estima profunda de vivir en gracia de Dios todos y cada uno de los instantes de su vida.

Ser siempre templos del Espíritu Santo.

Darnos la plenitud del amor; de ese amor que vaya saliendo de la esfera de nosotros mismos, para convertirse en un don:

El don de nuestro ser a Dios.

El don de nuestro ser a nuestros hermanos hombres, por Dios.

El amor que hará de los buenos católicos, buenos «samaritanos» en las rutas perdidas de los demás hombres.

El amor que hará de ellas buenas «Verónicas» en la ruta dolorosa de la humanidad.

Pentecostés, para que todos los católicos hagan florecer el Espíritu y el Fuego de Dios, a la sombra de las cruces del mundo.

Pentecostés para que el mundo pueda decir de todos los católicos: los de arriba y los de abajo, los del Este y los del Oeste: «Mirad cómo se aman».

Porque el Espíritu Santo es el Amor.

Ese Amor que tiene que hacemos a todos más de Cristo y más de Dios.

* * *

Pentecostés para todos nosotros.

Veni Sancte Spiritus: Ven, Espíritu Santo, sobre nosotros, pobres católicos.

La Virgen va a la fuente...



La Virgen va a la fuente. Va por agua la Virgen. La Muchachita de Israel ha salido de la casa de Joaquín y Ana con su cántaro cogido al brazo, casi apretado contra su corazón; soñando, tal vez, que lleva en sus brazos algo distinto..., algo mucho más querido...

También las niñas de Israel jugaban a muñecas. También a la Virgen la había hecho Dios para ser Madre...

La Virgen, no sabe por qué, sigue hacia el pozo apretando con ternura su cantarillo.

Es una tarde sin ruidos de uno de los últimos días de la primera etapa del mundo.

Una tarde de antes de Cristo.

María iba muchas veces a la fuente. Solía llevar agua a casa de los viejecitos Efraim y Rut, que ya casi no podían llegar hasta el pozo. Solía llevar agua y consuelo a la pobre Resfa, que estaba enferma ya hace tres años, y a sus criaturitas...

María era pobre; no podía ayudarles con su dinero. Pero le gustaba ayudarles yendo a la fuente muchas veces, y llevando el agua a los pobres impedidos del pueblo.

Llevar agua a los necesitados. Llevar agua al mundo entero.

—María, ¿quieres llevar agua a todos los hombres?

Y Ella, presintiendo no sé qué, apretaba el cantarillo vacío; el cantarillo que un día se lo iba a llevar el mismo Dios.

Y aquella tarde de Israel salíamos todos los hombres y las mujeres del mundo al camino de aquella Niña que iba con el cantarillo:

—María, danos de beber..., que el pozo es muy hondo y sólo Tú puedes...

Y María sigue con su cantarillo hacia la fuente.

—*Si scires donum Dei*, si supieras el don de Dios —dijo un día Cristo a otra mujer que iba por agua...

Y María, la Niña sin pecado, sí que sabía el don de Dios. Sabía ya algo, sabía mucho de aquella agua que no entendía la Samaritana.

La Virgen va a la fuente. Y es feliz.

¡Qué hermoso le parecía a María ir a la fuente..., ir a la fuente siempre... y llevar agua a todos los hombres!

Cantando va la Virgen. Cantando una canción de cuna que le enseñó Ana, su madre.

Y cuando canta la Virgen, le canta también dentro, muy suave y muy hueco, el cantarillo que lleva en el brazo.

—¿Sabes, María, que hay un agua que salta hasta la vida eterna?

—María, tráenos Tú el agua; porque el agua que nosotros traemos nos vuelve a dar sed...

La Virgen se inclina sobre el pozo. El pozo es muy hondo.

Los demás nunca llegábamos hasta el agua. Ella sí.

Cuando la Virgen se asomaba al pozo, el agua subía con la imagen de Ella..., con Ella misma toda hecha de aquella agua que salta hasta la vida eterna.

Se va haciendo de noche en Israel y en el mundo pero no importa.

Está allí la Virgen llenando su cantarillo.

—María, Tú nos darás de esa agua que ya no da más sed.

—María, danos de beber.

La Virgen viene de la fuente. ¿Qué traerá la Virgen?

Trae al brazo... No. Si no es el cantarillo...

Las mujeres, los hombres de Israel y del mundo se arremolinan junto a Ella:

—María, espera. Deja que lo veamos bien...

Esta vez no sueña la Niña de Israel.

Esta vez es verdad. Ella iba con su cantarillo a la fuente... Y Dios hizo lo demás.

En lugar de su cantarillo, y en los mismos brazos, le había puesto Dios la fuente de la dicha para los hombres.

Era una mañanita del mundo. Una mañanita de las primeras de la segunda etapa del mundo.

La Virgen venía de la fuente.

No se olvidó de los pobrecitos del pueblo. Entró en casa de Efraim y Rut. Rut besaba al Niño y lloraba. A Efraim le temblaban los brazos ya secos cuando se lo dejó la Virgen.

—Gracias, María. Señor, ya lo he visto. Ahora ya puedes dejarme morir en paz...

Luego la Virgen subió donde Resfa, la enferma:

—¡María! ¡Si tiene tus mismos ojos!

—Sí, Resfa; y los mismos ojos de Dios...

Y luego, la Virgen le contó a Resfa su secreto: Ella siempre había soñado poder llevar agua a todos los hombres; un agua que llenara la vida, que apagara la sed para siempre...; por eso le gustaba tanto ir siempre a la fuente, llevar agua a los pobres del pueblo... Hasta que una noche, Dios se lo puso en sus brazos...

—Es para vosotros, Resfa... Dios me lo dejó para que os lo diera a vosotros..., a todos los hombres.

La Virgen salió con el Niño apretado contra su corazón. Lo llevaba en el mismo sitio en que solía llevar su cantarillo a la fuente.

Pero esta vez la Virgen volvía de la fuente. Había encontrado aquella agua profunda que salta hasta la vida eterna.

—María, de este pozo bebieron nuestros padres y murieron.

Y a María la escogió Dios para llevar a los hombres toda el agua divina que salta hasta la vida eterna.

—María, nuestra casa está triste: ¿nos dejas el Niño esta tarde?

—María, ¿me dejas verlo?

—María, ¿me dejas tenerlo?

—María, ¿nos dejas...?

Y un día María deja a su Niño en poder de los pecados de los hombres...

—María, ¿nos lo dejas para que lo azotemos?

—María, ¿nos lo dejas para que le coronemos de espinas?

—María, ¿nos lo dejas para que lo matemos en una cruz...?

Y la Virgen sigue detrás de su Niño hasta el poste de la cruz. Por fin se lo dejan, todo muerto, otra vez en sus brazos:

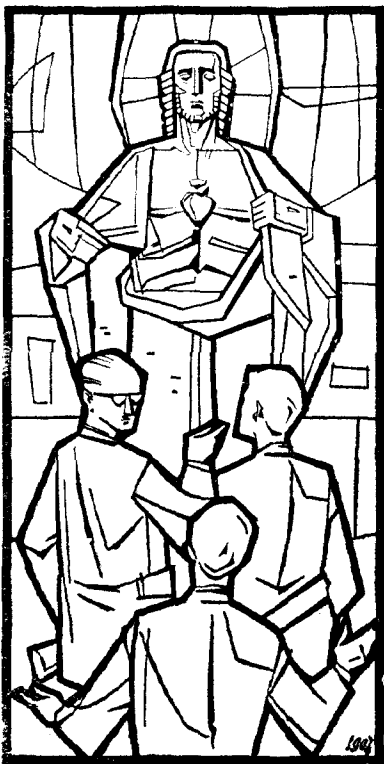
—Toma, María. Te lo devolvemos.

La Virgen se acuerda de cuando iba a la fuente con el cantarillo en brazos. Se acuerda de cuando volvió de la fuente con el Niño en brazos:

—Tú me lo diste, Señor. Pero ya sé que me lo diste para ellos... Sí; me lo diste para que se lo diera Yo a ellos. Yo sólo era la que estaba en medio, Señor...

—¡Si por esto iba Yo a la fuente...!

El Corazón de Cristo y los hombres fuertes



La devoción al Corazón de Jesús.

Y los hombres fuertes y modernos, que no acabamos de entrar..., que no se nos adapta.

¿No será, tal vez, una de esas cosas grandes que Dios ha escondido a los sabios y a los prudentes y ha revelado a los pequeños?

Porque muchos de los hombres fuertes no acabamos de entusiasmarnos.

No sé por qué lo vemos todo envuelto entre escapularios, motetes sentimentales, letrillas dulzonas, «detentes», celadoras e imágenes en serie y artísticamente sin valor.

Nos cuesta llegar al verdadero Corazón de Cristo.

Nos separa de El todo ese folklore sacro, un poco femenino...

Nos autem viri fortes, nosotros los hombres fuertes.

Ellos, los buenos y las beatas que cantan el «Inflama mi corazón» y otras inenarrables melopeas; que veneran las imágenes esas cursis, chillonas y baratas (apenas hay una imagen digna del Corazón de Cristo); pero que, a fin de cuentas, llegan a la inmensa realidad del Amor de Cristo.

Nosotros, los enterados y los sabios, los que criticamos la letrilla y el cromo de colorines, y somos tan sabios que nunca llegamos a comprender el Amor de Cristo.

A nosotros nos parece poco estético y elegante

todo aquello. Y, tal vez, bajo el punto de vista artístico tengamos razón.

Quién sabe si también nos hubiera parecido poco estética la cueva de Belén, poco artística la casa de Nazaret, poco elegante la postura de Cristo en la cruz...

Y, probablemente, habríamos tenido también razón..., desde el punto de vista estético.

Ellos, la masa buena que ofrece sus oraciones, sus obras y sacrificios al Corazón de Cristo, y en su sacrificio llegan hasta a cantar el «Inflama».

Nosotros, los sabios doctores de Israel, que sabemos que el Mesías no es eso...; los que sabemos que Cristo es viril, artístico y moderno..., y el día en que Cristo viene y nos ofrece su Corazón, no le comprendemos...

El mismo incomprensible Jesús de Nazaret, que no se arreglaba con los sabios, los fuertes y los enterados; y que se entendía tan bien con los ignorantes, los humildes y los niños.

Ellos, antes y ahora, como unos niños, llevando palmas, dando voces y cantando «Hosannas» o «Inflamas» a un Cristo sencillo, montado sobre un borriquito o representado en la imagen esa desgraciadilla.

Nosotros, los prudentes, haciendo que se callen; diciendo al mismo Cristo que les haga callar, que no sigan haciendo ridiculeces...

El problema eterno de Cristo; de ese Cristo a quien comprenden en seguida los niños, las beatas, los ignorantes, los humildes...; en una palabra: todos aquellos que no se estiman mucho a sí mismos.

El problema del Corazón de Cristo, que nos es difícil de abrazar a muchos de nosotros: los enterados, los artistas, los escribas, los críticos, los fariseos, los fuertes...; es decir: aquellos que nos estimamos mucho a nosotros mismos.

Ellos, los que confían en el Corazón de Cristo, porque no confían nada en sí mismos.

Nosotros, los que no confiamos en el amor de Dios, porque todavía confiamos en alguna ridiculez nuestra.

Ellas, las monjitas de clausura, que pintan y bordan corazones con espinas y llamas...; todo con gusto monjil y feito, pero allá dentro acaban comprendiendo *la largura y la anchura, la altura y la profundidad* del Amor de Cristo...; ellas, con sus corazones bordados y sus estampitas y sus suspiros; ellas, las que lo dan todo: su amor, su ilusión y su vida para reparar al Corazón de Cristo por los pecados, el desamor, el orgullo y la estupidez de nosotros, los católicos de pro, los estetas, los snobistas, los eternos majaderos..., los que no comprendemos al Corazón de Cristo, por eso: por soberbios.

* * *

Letanía de los hombres fuertes al Corazón de Jesús

Corazón de Cristo: de nuestra soberbia y de nuestro respeto humano para entregarnos a tu Amor. Líbranos, Señor.

Corazón de Cristo: de nuestro orgullo y de nuestro snobismo. Líbranos, Señor.

Corazón de Cristo: que te conozcamos como te conocen esas monjitas que bordan tus «detentes» de trapo. Te rogamos, óyenos.

Corazón de Cristo: que te amemos como te aman muchos de los que cantan el «Inflama» y el «Jesús amoroso». Te rogamos, óyenos.

Corazón de Cristo: que te reparemos por nuestros pecados como lo hacen muchos de los que rezan ante tus antiestéticas imágenes. Te rogamos, óyenos.

Corazón de Cristo: que les des a ellos un poco más gusto artístico, pero sobre todo, a nosotros, muchísima más humildad. Te rogamos, óyenos.

Corazón de Cristo, cuya cruz fue escándalo y necesidad para judíos y gentiles: que tu Corazón no sea escándalo y necesidad para nosotros, los fuertes y los enterados. Te rogamos, óyenos.

Corazón de Cristo que dijiste: *Venid a Mí todos*, y lo dijiste no sólo a los celadores y a las monjitas, sino también a nosotros: los fanfarrones, los pedantes y los engreídos. Ten misericordia de nosotros.

Corazón de Cristo que dijiste: *Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos*. Ten misericordia de nosotros.

Corazón de Cristo que fuiste piedra de escándalo para los escribas, los doctores y los sabios de Israel. Ten misericordia de nosotros.

Corazón de Cristo que elegiste a los tontos y pobres del mundo para confundir a los fuertes y sabios del mundo. Ten misericordia de nosotros.

Jesús manso y humilde de Corazón:

Haced nuestro corazón (el de los fuertes) semejante al vuestro.

Después de Pentecostés



Cuando ya no vemos a Cristo a nuestro lado.

Cuando el Espíritu Santo ha dejado de hacer milagros pentecostales.

Cuando nos sentimos solos ante la vida incierta, monótona, difícil.

Después de Pentecostés... hay que seguir siendo cristianos.

Cuando nos parece que Cristo no está ya a nuestro lado curando enfermos, calmando tempestades, perdonando Magdalenas, subiendo a una cruz, quedándose a cenar con nosotros...

Es después de todo eso. Cuando llega la vida prosaica y dura; esa vida que está entre el domingo de Pentecostés, que fue el del milagro del Espíritu Santo, y el último domingo después de Pentecostés, que será el fin del mundo.

Cuando, en lugar de la presencia de Dios, sentimos la presencia del dolor, la presencia de la tentación, la presencia del mundo y la presencia de la carne.

Después de Pentecostés..., cuando el cielo parece más lejos, y el infierno más cerca.

Tentaciones de después de Pentecostés

Creer que Cristo *no está con nosotros hasta la consumación de los siglos.*

Dejar que se esfume la presencia de Dios, mientras va creciendo en nuestro espíritu la presencia del mundo, de los hombres, de las cosas.

Pensar que ya hicimos Ejercicios; que ya acudimos a sermones, a la Semana Santa;

Que ya cumplimos con Pascua;

Pensar..., mejor dicho, no pensar: olvidar.

Olvidarnos un poco de que somos cristianos.

Poner a Dios en la retaguardia de nuestra vida.

Pensar que Dios es un personaje con quien trataremos íntimamente, no precisamente hoy, sino allá, después, más tarde..., desde luego. al fin de nuestra vida.

Pensar que, hoy por hoy, tenemos cosas más importantes y apremiantes de que preocuparnos:

los negocios,

la familia,

la profesión,

las diversiones.

Sentir que la vida es larga, y distribuir lo más largo de la vida para nosotros, y lo más corto para Dios.

Dedicar el «ahora» para nosotros, y el «después» para Dios.

Conformarnos con que de niños fuimos buenos, ahora «no somos malos», y de viejos volveremos a ser buenos.

Sentir cansancio de Dios.

Triunfos de después de Pentecostés

Cristo había terminado de sufrir.

Ahora comenzaban a sufrir los cristianos. A sufrir y a triunfar.

Como triunfaron Pedro, Pablo y Andrés..., y Cecilia y Agueda... Como lucharon y triunfaron tantos y tantas otras que no fueron mártires de sangre, que no fueron santos de altar.

Que no vieron a Cristo, como Pablo y Andrés y Tomás.

Que no vieron, pero creyeron.

Que no estuvieron aquel día de Pentecostés ni en el Cenáculo ni en el templo de Jerusalén.

Les ha tocado vivir «después de Pentecostés».

Les ha tocado vivir en un tiempo en que la Iglesia no estaba visiblemente dirigida por el mismo Cristo, sino por hombres: por hombres con sus miserias, sus incomprendiones, sus defectos...

Y, a pesar de todo, han creído y han obedecido a la Iglesia.

Les ha tocado vivir en un tiempo en que no han visto los milagros que hacía Cristo; sólo han visto que los milagros los hacían el dinero, la astucia, la fuerza...

Y, a pesar de todo, no han creído ni en el dinero, ni en la astucia, ni en la fuerza, sino en Cristo.

Les ha tocado vivir en una época en la que Cristo no multiplica los panes y los peces, sino que hay cristianos que no saben o no quieren remediar el hambre de otros cristianos.

Pero, a pesar del hambre y de los malos cristianos, siguen creyendo en Cristo.

Les ha tocado vivir en un tiempo en el que se condena y se crucifica a Cristo, pero luego no llega ese día en el que Cristo aparece en el jardín de José de Arimatea o en el camino de Emaús.

Les ha tocado vivir «después de Pentecostés».

Plegarias para después de Pentecostés

Señor, ten piedad de los que nos ha tocado ser cristianos «después de Pentecostés».

De los que Tú llamaste bienaventurados, *porque no vimos y creímos.*

No te hemos visto, Cristo.

No hemos visto tu rostro, tus manos, tus llagas.

No hemos oído tu voz. No hemos visto tus milagros. No te hemos visto sufrir. No te hemos visto morir...

Pero creemos, Cristo, creemos.

Sólo queremos decirte, Señor, que nos cuesta todo un poco más que a Pedro, a quien lavaste los pies; que a Magdalena, que te vio en el huerto; que a Tomás, que tocó tus llagas.

Gracias, Señor, porque nos das una gracia que no diste a ellos: la de creer sin haberte visto.

Que sigamos creyendo, Señor.

Que sigamos orando, Señor.

Que sigamos *estando contigo hasta la consumación de los siglos*.

No nos ha tocado vivir antes de Cristo. Creo que tenemos que darte gracias por esto, Señor.

Tampoco hemos sido escribas o fariseos o gentiles, de los tiempos de Cristo.

Nos ha tocado ser cristianos «después de Pentecostés».

Señor, haz que creamos, que esperemos, que amemos, los que nos ha tocado vivir en aquel *poco de tiempo en el que no te vemos*, para que llegue *dentro de otro poco el tiempo en que te veamos* para siempre después del «último domingo después de Pentecostés».

De visita...



María visita a Isabel

Se lo dijo también el ángel; sabe que Isabel la necesita; está sola, no tiene más que a su esposo Zacarías, y se acercan acontecimientos...

María prepara su hatillo con un lienzo cuadrado; va poniendo en él algo de ropa, provisiones para el camino, agujas, hilo, lana, algunas telas para preparar algunas ropillas para el niño que espera Isabel; después anuda las cuatro puntas del lienzo, lo coge y sale caminando hacia el sur...

La Virgen va de visita.

Son más de cien kilómetros a pie, pero no importa. Isabel la necesita. Necesita unas manos cariñosas

de mujer, necesita un corazón femenino que comprenda la grandeza de la maternidad.

María tiene esas manos y ese corazón.

Se los ha dado Dios, precisamente para ser Madre de Dios.

Isabel va a ser asistida por la enfermera más excelsa que ha existido.

Esa enfermera es una Niña que camina con su hatico al brazo por los ásperos caminos de Galilea y de Samaría y de Judea.

María va de visita porque Isabel necesita ayuda.

No es la primera vez que María va de visita; ha estado muchas veces por las casas de Nazaret llevando lo que podía a los pobres, encargándose de los niños de alguna madre enferma...

María sabe cómo se hacen estas cosas.

María sabe ir de visita...

* * *

A Roberto y a Carmen no les visita nadie

Roberto está en la cárcel y Carmen en el hospital.

Roberto está en la cárcel por no sé qué, que hizo un día que estaba desesperado y bebió más de la cuenta...; el hecho es que está encerrado, y para rato.

A Roberto no le visita nadie ni quiere nadie.

Con lo bien que le vendría a Roberto que alguien le visitara, que alguien se tomara interés por él. Porque Roberto no es malo..., pero está en peligro de hacerse malo; porque el mundo y la sociedad se están haciendo duros para él. Tiene unos hermanos que no quieren saber nada de él: dicen que deshonra a la

familia; está empezando a pensar que el mundo es malo, y que él no tiene por qué ser bueno con el mundo.

A Roberto le hace falta alguien que le visite, que se interese por él. A Roberto le está subiendo el asco a la cabeza; le está entrando la dureza en el corazón.

Roberto tiene una necesidad grave de comprensión, de estima.

Visitar a los encarcelados es una obra de misericordia.

A Carmen tampoco la visita nadie. Está en la cama número 27 de la sala tercera. Tiene cincuenta y ocho años y una cosa incurable. Pero lo peor es la soledad; ella ve que, sobre todo los domingos, viene mucha gente a ver a los enfermos de al lado; vienen hasta niños: hay besos, risas, animación...

Pero Carmen está sola, siempre sola... Se siente mucho más sola cuanto más gente hay en la sala visitando a los enfermos de al lado...

Hay una niña de unos seis años que todos los días de fiesta visita a su madre, que está tres camas más allá, y, cuando pasa por delante de Carmen, le sonríe; Carmen también le sonríe con toda su alma.

Carmen cuenta los días que faltan para que llegue ese domingo en que vendrá la niña y pasará por delante con una sonrisa para ella, ¡sólo para ella!

El otro día pasó la niña con un ramo de flores para su madre; al pasar por delante de Carmen, arrancó una y se la dio:

—Para usted.

Carmen casi llegó a olvidarse de que estaba enferma; la flor está ya seca y marchita, pero todavía la conserva debajo de la almohada. Cuando está triste, Carmen agarra la flor.

Aquella niña de seis años tiene algo de lo que tenía la Virgen.

Sabe el arte de hacer visitas.

* * *

Pepote y doña Mercedes también suelen ir de visita

Pepote es un chicarrón que está acabando la carrera de medicina. Los domingos por la mañana le ha dado por ir a los suburbios a enseñar catecismo a los críos.

Va allá porque le da la gana de ir allá, ¿qué pasa?

Va allá con otro par de amigos, a quienes también les da la gana de ir allá, por si a alguno le interesa.

Pepote lleva un balón y un pito de árbitro y, después de un rato en que le da la gana de enseñar catecismo a una pila de críos, arma con ellos unos campeonatos de órdago, por los que se está calentando el barrio.

Después va a la taberna, en donde, con los padres de los críos y las fuerzas vivas del barrio, ya se está formando el cuartel general del «Juvenil». Y conste que a Pepote le llaman ya Pepote en todo el barrio.

Conste que Pepote hace esto porque le da la gana..., por si alguno preguntaba.

Doña Mercedes es de las de la Junta Parroquial. Claro que doña Mercedes tiene hijos y marido, y tiene que gobernar la servidumbre y la cocina, y la ropa, y la casa, y todo; pero todavía saca tiempo para ir a las familias necesitadas de la parroquia y dejar aquí alguna cosita, ayudar en algún conflicto familiar, buscar colocación para aquella chica, emplear

las posibilidades que Dios le ha dado para ayudar a los pobres; que para eso se las ha dado Dios.

Doña Mercedes sabe entrar por todas las puertas, no como conquistadora, sino con naturalidad de hermana en Cristo de los cristianos que sufren.

Pepote y doña Mercedes son muy distintos, vaya si lo son.

Pero se parecen en algo; en que saben hacer visitas...

Como la Virgen.

La Voz que clama en el desierto



I

La voz

Es una lástima que fuera hace tantos años.

Si fuera hoy, si Juan gritara hoy en una encrucijada nuestra, creeríamos que era un artista más, un existencialista, tal vez un loco interesante. Con su pelo largo y revuelto, con su vestido carnavalesco.

Un tipo.

Pero Juan, no. Juan era la Voz del desierto.

Al revés de Jonás. A Jonás le envió Dios a la ciudad. Jonás clamó en Nínive, la ciudad inmensa de tres días de camino.

Es que Jonás era el precursor del castigo. Juan lo era del perdón, el Precursor de Dios.

Por eso Juan fue enviado al desierto.

Es que para oír, para ver a Dios es necesaria la quietud de las cosas, el silencio.

Por eso Dios envía su Voz al desierto.

Por las barrancas de El Ghor, la silueta gigantesca de Juan es una talla de piedra viviente y ardorosa.

Hay hombres que van saliendo de las ciudades por la ruta del desierto, hasta Juan.

¡La Voz de la libertad está clamando en el desierto!

¡Hay una voz que no está vendida a los poderosos de este mundo!:

—¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que amenaza?

¡Hay una voz en el desierto que es humilde, que no busca su propia gloria!

—¿Eres tú el Mesías que esperamos?

—¡No!

—¿Eres tú Elías?

—¡No!

—¿Eres tú profeta?

—¡No!

—Entonces, ¿quién eres?

Juan no se atreve ni a decir su propio nombre. Juan sabe que los hombres vamos a poner epítetos y apelativos estúpidos delante y detrás de nuestros propios nombres. Presiente la hojarasca necia de los: «Señores, Doctores, Excelentísimos...», tal vez Juan siente el asco profundo de exaltar en lo más mínimo nuestro pobre yo, nuestro yo pecador, y Juan se olvida, quiere olvidarse de su propio nombre:

—Yo soy la Voz que clama en el desierto.

Juan es grande. Es más grande que nosotros, los otros hombres, que nos arrodillamos estúpidos ante nuestro propio nombre, ante nuestro Yo.

Juan no nos dice ni su propio nombre. No interesa. El es la Voz; sólo la Voz que clama en el desierto.

Juan no se adora a sí mismo. No se tiene ni por Mesías, ni por Elías, ni por Profeta, casi no se tiene ni por digno de llevar un nombre.

Cristo dice de Juan que es el más grande de entre los nacidos de mujer.

En el desierto hay un hombre sincero: sincero ante Dios, ante sí mismo y ante los hombres.

Es la Voz libre. La Voz que no han sobornado ni los hombres, ni las oportunidades, ni los egoísmos, ni la cobardía...

Claro está que... a San Juan Bautista le asesinaron los hombres...

II

El desierto

—Juan, ¿por qué dices esas cosas? Mira, tú no entiendes al mundo capitalista. Tú no sabes que hay unos que son los que tienen que trabajar y otros somos los que tenemos que dirigir la economía... Nosotros somos la clase directora, los otros son el pueblo, la plebe... Mira, Juan, no me extraña que no entiendas; en tu tiempo en Palestina...

El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo.

—Mira, Juan, desengáñate; si quieres hacer algo y progresar en este mundo, hazte fuerte, y luego emplea la fuerza. ¡La fuerza es la ley! ¡Con la fuerza se organiza todo! Con la fuerza y con las armas se mantiene la paz internacional, porque así esclavizamos al vecino, nos hacemos los amos y, claro, hay paz. Con la fuerza se consigue la paz... Con las armas, Juan, se consiguen muchas cosas...

Le preguntaban también los soldados: Y nosotros ¿qué hemos de hacer? Y les respondía: No hagáis extorsión a nadie ni calumniéis y contentaos con vuestra soldada.

—Pero, Juan, ¿por qué vas vestido así? ¿No ves que vas hecho una facha? ¿Qué adelantas con pasar la vida en el desierto entre matorrales como una fiera, en dormir en los huecos de las peñas? Te estás volviendo salvaje, Juan. ¿Tú no sabes lo que es el confort? Eres un loco, Juan, eres un loco.

...comenzó Jesús a decir a la muchedumbre acerca de él: ¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con molicie? Los que visten suntuo-

samente y viven regalados están en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis pues, a ver? ¿Un profeta? Sí; Yo os digo. Y más que profeta. Yo os digo: no hay entre los nacidos de mujer, profeta más grande que Juan.

¡Basta ya, Juan; estamos ya hartos de tus intemperancias! ¿Quién eres tú para enseñarnos catolicismo? ¿Qué nos tienes que enseñar en este punto?

Como viera a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que amenaza? Haced frutos dignos de penitencia y no os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham; porque yo os digo que poderoso es Dios para hacer que nazcan de estas piedras hijos de Abraham. Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto, será cortado y arrojado al fuego.

Te dejamos, Juan, por imposible. Discutir contigo es sencillamente perder el tiempo. Tú eres incapaz de comprender que hay que saber tomarle las curvas a la vida; que los hombres tenemos nuestros altibajos... Tú no entiendes más que de caminos rectos, de sendas lisas y llanas...

Yo soy la Voz que clama en el desierto.

Sí, eso sí. En eso tienes razón... Tu voz sólo se oirá en el desierto...

Es la noche de San Juan. En el desierto y en las montañas se han encendido millares de llamas...

Es la voz de Juan que sigue presente en el desierto, en las montañas y en los valles...

No era él la luz.

Pero vino a dar testimonio de la Luz.

Plegarias celtíberas a Santiago



Plegaria 1.ª

Glorioso Santiago, pescador esforzado que pescabas con tu padre, Zebedeo, y con tu hermano, Juan, los tres en el mismo bote.

Haz que nosotros, tus protegidos, sepamos pescar y trabajar y vivir como hermanos; y ya que muchas veces no tendremos un bote para cada uno, sino un bote para tres, haz que no caigamos en la tentación de remar cada uno para distinto rumbo o de partir el bote en tres pedazos; sino que, a ejemplo vuestro, salgamos juntos a pescar en el mismo bote y hacia el mismo rumbo, como tu padre, Zebedeo, tu hermano, Juan, y tú.

Concédenos también tu constancia y tu laboriosidad; porque si pescáramos de firme todos los que podemos y debemos pescar, habrá en nuestro pueblo pescado para que coman todos, y sobraré pescado para poner en conserva.

Tú que vendías después honradamente tu pescado en la plaza de Cafarnaum, y que nunca encajaste pescado podrido por pescado fresco ni te aprovechaste de la escasez para hacer el agosto, concédenos esta honradez tuya a todos los que compramos y vendemos por las plazas de nuestro pueblo, porque así, con la gracia de Dios y tu protección, el pescado llegará más fácilmente para todos. Así sea.

Plegaria 2.ª

Celestial Santiago, que juntamente con tu madre y tu hermano pretendisteis instalaros a derecha e izquierda de Cristo, bloqueando así el cielo y haciendo del Reino de Dios una especie de monopolio de los Zebedeos.

Míranos clemente a nosotros, tus patrocinados, porque nosotros hemos sentido muchas veces la misma tentación: la de pensar que a nuestro pueblo, entre todos los pueblos, le toca ese primer puesto junto a Cristo.

Tú sabes, santo Patrón, que vosotros, los Zebedeos, y nosotros, los celtíberos, al pensar esto, lo hemos hecho, en el fondo, con buena intención..., hasta... hasta para proteger a Cristo...

Ya ves, Santiago, que Cristo no se enfadó con vosotros... ni con nosotros. Solamente nos dice que no sabemos lo que decimos..., que estamos un poco despistados. Nos dice suavemente que la exclusiva del Reino de Dios la tiene Dios, y que es El quien reparte las localidades.

Haz, Santiago, que nosotros creamos que otros pueblos son tan buenos y tan cristianos como nosotros, que así, ciertamente, nos darán luego mejor localidad en el Reino de los cielos. Así sea.

Plegaria 3.ª

Valeroso Santiago, que cuando Cristo te preguntó si podrías beber el cáliz que El habría de beber, respondiste pronto y fuerte que sí, que podías.

¡Bravo, Santiago! Eres de la casta de tus protegidos: generoso y fanfarrón. Sencillamente un castizo.

Fanfarrón, porque dijiste con soltura y con aire que

podías tú, por ti solo, una cosa que sólo se puede con la gracia de Dios... y con mucha gracia de Dios.

Generoso, porque estabas dispuesto a sufrir los tragos más amargos por Cristo, como lo están todavía, gracias a Dios, muchos de los del pueblo insigne que tú patrocinas.

Haz que, a la hora del esfuerzo, de la lealtad y del sacrificio, sigamos diciendo: ¡Podemos!, con nuestra boca y con nuestras obras, como tú respondiste a Cristo; que, si somos fanfarrones..., somos fanfarrones en el buen sentido.

Plegaria 4.ª

Ardiente e impulsivo Santiago, que querías que bajara fuego del cielo para abrasar a no sé qué samaritanos «de izquierdas» que te llenaron de santa cólera. Estabas tan santamente indignado, que si hubieras tenido la bomba atómica, fácilmente habrías achicharrado a aquel grupo de «rojos», en plan de defensor y vengador de la gloria de Dios y del cristianismo.

Gracias a Dios, no tenías bomba grande, y Cristo no quiso hacerte una para darte gusto.

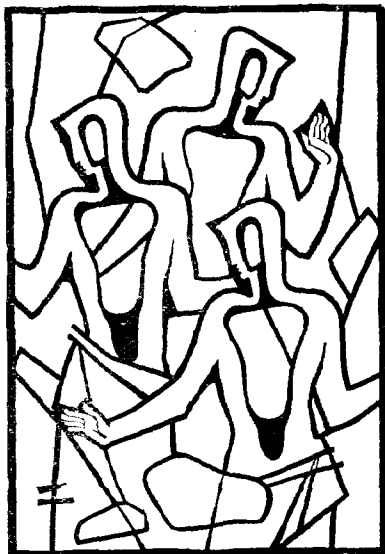
Ya que aprendiste bien la lección que te dio Cristo en esta ocasión, cúranos de las intolerancias, las intransigencias y los santos furores que a veces nos brotan sin querer, en este catolicismo glorioso por el que durante tantos siglos rugieron y murieron tus protegidos.

Perdónanos, piadoso santo, el haberte puesto el feroz mote de «Matamoros», y el haberte representado en el acto de destripar a un sarraceno. Tú comprendes, Santiago, nuestra buena intención: tú que, con la misma buena intención nuestra, hubo un tiempo en que creíste se daba gloria a Dios asando samaritanos.

Ya ves: tú pedías fuego, pero Cristo había ofrecido, precisamente a una samaritana, el agua que salta hasta la vida eterna.

Consérvanos, santo Patrono, y aumentanos esta fe nuestra de «hijos del trueno», para que siga atronando bien fuerte en nuestro pueblo y en todo el mundo; y danos juntamente paciencia y comprensión para todos los «samaritanos»; y haz que, en todo caso, estemos más dispuestos a emplear con ellos el agua que el fuego..., como lo hacía Cristo.

Los Ejercicios del Padre Ignacio



Padre Ignacio, todos hacemos los Ejercicios.
Unos bien y otros mal; pero todos los hacemos.

* * *

Principio y fundamento.

El hombre es criado...

—Mamá, yo creía que criados sólo son esos que andan por casa para servirnos a nosotros...; esos que se levantan más temprano y comen en la cocina...; criado es Blas, el hijo de la portera, que ha nacido para eso, para criado..., para cavar en el jardín y para pintar la verja...; criada es Gregoria, que ha nacido para vestir de uniforme y para barrer las escaleras y para escuchar las broncas que tú le echas...

—Mamá, yo no soy «criado», yo soy el señorito...

Mal «principio», Padre Ignacio; y mal «fundamento»; mejor dicho: sin fundamento ninguno.

Primera Semana.

Todo el compósito entre brutos animales.

Conozco varios Santos de Primera Semana, Padre Ignacio. Porque se puede ser santo de Primera Semana.

Conozco a Roque, ese que trabaja en el tren de laminación. Roque, en su vida, también ha sido bastante bruto, hasta que un día en unos Ejercicios se dio cuenta de que era bastante bruto, y dejó de hacer

el bruto. Pero le toca vivir toda la vida en Primera Semana y va a ser un santo de Primera Semana.

Porque a Roque le ha tocado vivir entre «brutos animales»:

- a) Algunos compañeros de taller.
- b) Algún jefe.
- c) Algún otro jefe.
- d) La carestía de la vida.
- e) Algún capitalista y algún proletario.
- f) El problema de la vivienda.
- g) Las ganas, que no le faltan a él mismo, de hacer el bruto.
- h) Otras muchas cosas y personas.

Yo sé, Padre Ignacio, que tú estás entusiasmado con Roque. Está pasando una Primera Semana de órdago y todavía le queda Primera Semana para rato. Pero Roque lucha: lucha contra su «cuerpo corruptible» como un bravo; y tiene que luchar y defenderse como un valiente contra los «brutos animales». Hay santos, Padre Ignacio, que no tienen cara de santo, con cara de hombre de la calle.

Con cara de Primera Semana.

* * *

Segunda Semana.

Conocimiento interno del Señor, para que más le ame y le siga.

En la Segunda Semana vivimos muchos, Padre Ignacio; sólo que unos vamos detrás de Cristo y otros vamos detrás de los «diez mil ducados».

Ahora que, todos decimos que seguimos a Cristo. Todos somos cristianos, ahora que...

Fuiste muy cortés, Padre Ignacio, cuando tú mismo nos pusiste a todos en la Segunda Semana —no faltaba más—, pero suave y delicadamente nos dijiste que había tres categorías de personas.

Primera: el que ostenta cristianismo y todo es mentira: el engreído religioso, Caifás.

Segunda: el que querría ser cristiano verdadero, y hace unas cuantas cosas buenas, pero no «las que tiene que hacer»: el cobarde, Pilato.

Tercera: el que quiere de veras cumplir la voluntad de Dios, y corta por lo sano: Cristo. Y los que se esfuerzan por parecerse a Cristo.

En la primera categoría hay muchos que son cristianos, porque creen que ese es un buen paso para hacerse con los «diez mil ducados», o para conservarlos, o para aumentarlos.

En la segunda categoría están los contemporizadores, los que ofrecen medio pastel a Dios, y se quedan con el otro medio: Ananías y Safira. Quieren sobornar a Dios con cinco mil ducados, y ellos se quedan con las rentitas de los otros cinco mil.

En la tercera categoría están los que no venden a Cristo ni por treinta monedas, ni por diez mil ducados. Los que tienen *conocimiento interno* de Cristo, y por eso saben que vale más de diez mil ducados, y que diez mil pasiones, y que diez mil sufrimientos, y que diez mil alegrías de esta vida.

* * *

Tercera Semana.

Dolor con Cristo doloroso...

Hay mucho dolor, sí. Pero tú sabes, Padre Ignacio, que no es Tercera Semana, mientras este dolor no sea *con Cristo doloroso*.

A María Angeles le ha salido un marido torcido. Ya sabes, Padre Ignacio, lo que será aquella casa destrozada, con los peques que se van dando cuenta de que su padre es un pillo; con la vecindad que se entera enseguida de todo y que comenta todo cruelmente. Dolor de la pobre María Angeles, Padre Igna-

cio, pero tú lo sabes muy bien, tú lo has oído cuando ella rezaba al Corazón de Cristo...: primero, por la salvación del alma de su esposo; después, por la salvación de los niños..., y después..., mucho después, por sus penas, por su soledad, por su vergüenza .., «y todas estas penas, Corazón de Jesús, en reparación de las ofensas que Tú recibes de nuestra familia...».

Padre Ignacio, esto es lo que tú decías: esto es dolor *con Cristo doloroso*.

María Angeles vive la Tercera Semana.

* * *

Cuarta Semana.

Gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.

Hace ya tres meses que hubo que llevarle a Julio al hospital. Con sus veinticinco años, y su sonrisa abierta y su carrera casi terminada, pero con los pulmones casi destrozados. Y Julio, en el hospital, con mejor humor que siempre. Me dijeron sus compañeros de estudios que era un verdadero caso: porque él lo sabe todo, sabe que le queda ya muy poco, y sin embargo es feliz. A los otros se les sube una cosa a la garganta cuando van a verle y le ven así... como está. Ayer me lo dijo él mismo:

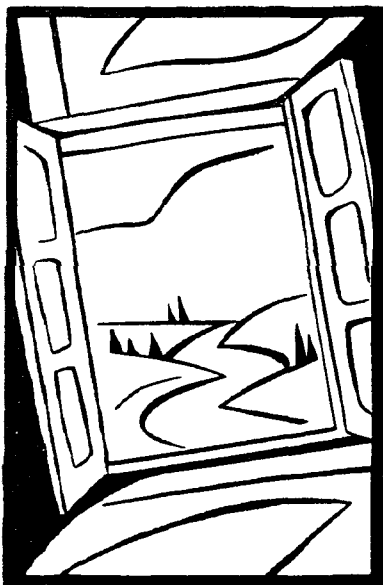
—Padre, ser feliz es cuestión de creer en Cristo. Si Cristo es verdad, el dolor no es un problema: es gloria de Cristo y gloria de los que pronto vamos al gozo eterno de Cristo.

Padre Ignacio, a mí también se me subía la cosa esa a la garganta, cuando le oía hablar así, con sus ojos hundidos, con su respiración fatigosa..., y era feliz. Claro que era feliz...

Una Cuarta Semana de verdad.

Todavía hay quienes hacen bien tus Ejercicios, Padre Ignacio...

Otoño, atardecer del año



Otoño es como un atardecer grande.

Como una tarde profunda en la que se relaja la tensión humana. Hay menos luz en el sentido, pero más lumbre en el alma.

Sentimos que a nuestro lado van cayendo las cosas como hojarasca seca, para ser llevada por cualquier viento, para crujir debajo de cualquier pie.

Otoño nos da la dimensión efímera de la materia. Como un atardecer persistente, nos va alargando las sombras de las cosas, hasta que las veamos, confundidas con sus mismas sombras, desaparecer en la nada. Otoño desnuda los árboles, Otoño desnuda los cuerpos y las ilusiones humanas, bajo una losa de 2 de noviembre.

Sin embargo, hay mucha luz en Otoño.

Cuando se va mitigando la luz de lo externo, nos hace brotar aquí dentro una luz vespertina que atraviesa inexorable las superficies de las cosas, para iluminarnos las «infracosas».

Es como un reposo, después de más de una cabalgada irresponsable a lomos de la sensación y de la materia.

Este largo atardecer nos invita a pensar. A buscar el agua mansa y limpia que Dios puso en lo más hondo de nosotros. Una invitación al espíritu a que suba, a que salga de alguna postura incómoda en la que le hemos puesto.

Bendito Otoño, porque cuando cae la materia, cuando baja la sensación, sube el espíritu.

Bendito Otoño que desnudas la mentira de aquí y nos abres la verdad de allá.

Noviembre cristiano que nos abres la verja de los muertos, que es la verja de la vida para los que creemos en Cristo.

Otoño, más que nada eres espejo del año. Espejo de la vida.

Espejo de aquellas hojas frescas que, vistas a tu luz, no son más que miseria arrugada y quebradiza.

Espejo de aquello que creíamos verdor permanente y tú nos dices que no es más que superficie seca y caediza de las cosas.

Espejo, Otoño..., espejo inexorable de aquella gloria, de aquella belleza que hoy no queremos ver por repugnante y la hemos puesto debajo de unos palmos de tierra y de una cruz tal vez tardía.

Gracias, Otoño, porque en tu larga tarde me invitas a un examen de la vida.

Gracias, Otoño, porque tú eres una ventana que yo puedo abrir para mirar la vertiente de la eternidad.

Examen de Otoño

EXAMEN DE MI MEDIOCRIDAD.—Tal vez has estado «cansado» durante el año varias veces, muchas veces.

¿Te gusta estar cansado?

Hay momentos en los que somos como la mitad de un hombre. Hay otros en los que somos como todo un hombre. Es fácil que ante el deber muchas veces hayas funcionado como «media persona»; y que ante la diversión hayas funcionado como «persona entera».

La infinidad de veces que hemos arrojado en la acción un peso inferior al nuestro.

La infinidad de veces que hemos sido infantiles y

cretinos ante el valor, ante la verdad, ante el sacrificio.

La multitud de veces que ante la dificultad hubiéramos querido no saber, no sentir, no ver, no estar..., desaparecer.

Caprichos, caprichos, caprichos.

Cada capricho que era como una regresión a lo infantil, a lo instintivo.

Cada capricho que nos robaba un centímetro de talla humana.

Examen de Otoño, donde a la luz vespertina que viene de dentro podemos calibrar nuestra verdadera talla humana, nuestra verdadera talla de hijos de Dios.

Quis es tu? Quid dicis de teipso? ¿Quien eres tú? ¿Qué dices de ti mismo?

* * *

EXAMEN DE NUESTRA SINCERIDAD.—Porque Otoño es sincero. En Otoño la misma naturaleza nos muestra un poco el revés de la vida, lo que un día va a ser todo esto.

Revisión de nuestra sinceridad.

De nuestra sinceridad con nosotros mismos.

El esfuerzo que hemos hecho por maquillar nuestras propias necedades para que no las viéramos nosotros mismos.

La de veces que nos hemos empeñado en convencernos a nosotros mismos de que no somos unos estúpidos.

Fíjate bien si has incurrido en la necedad suma: la de estar satisfecho de ti mismo.

Fíjate bien si eres sincero o mentecato:

cuando te hacías héroe ante ti mismo,

cuando pensabas muy convencida que aquello lo harías tú mucho mejor que las demás,

cuando crees que eres muy listo,
cuando crees que eres muy buena,
cuando tratando de convencer a otro de alguna gloria tuya, acabas por estar convencido tú mismo de ella,
cuando crees que, si todos los hombres o todas las mujeres fueran como tú, este mundo sería muchísimo mejor.

Pero hay otra insinceridad, y es la colectiva.

Cuando creemos que los nuestros son los mejores en todo.

Cuando no se nos ha ocurrido jamás echar un vistazo a la realidad, desde el punto de vista emocional de los otros.

Cuando estamos convencidos de que tenemos la razón y, de paso, ignoramos la historia, no tenemos idea de las otras maneras de pensar, no se nos ha ocurrido ni asomarnos a estudiar las ideas del vecino, las coyunturas, los ambientes, las circunstancias, las opiniones...

No queremos saber nada de eso, pero tenemos razón.

¿Tenemos sinceridad?

* * *

EXAMEN DE NUESTRO AMOR.—Aquí, sentados en esta tarde larga, a la vuelta del año, está bien pensar en nuestro amor.

En el amor tenido y en el amor negado.

Si creíamos que amor era la gran diversión humana.

O creíamos que amor era el deber más sagrado y supremo de los seres intelectuales.

Fíjate: Dios hizo el amor como un puente inmenso entre El y las criaturas. Mira si tú has hecho de él un arma de tu egoísmo.

Si no amas más que las personas y las cosas que te agradan, no es amor; eso es instinto.

Dios nos dio el amor para amar a todos los hombres. Nosotros hemos empleado el amor, a lo más, en una docena de personas.

Hay millones de seres humanos a quienes no hemos amado.

¿Por qué? ¿Por qué no amas a ese hombre que pasa por la calle, a esa viejecita toda de negro y con zapatos grandes, a ese enfermo que no puede salir a la calle,

a ese que es más pobre que tú

a ese que es más rico que tú...?

Perdón, Señor; me diste el amor, y hay tres mil millones de seres humanos a quienes no amo.

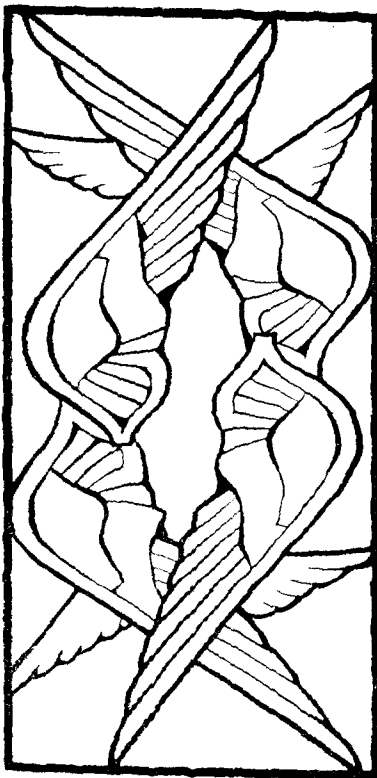
* * *

Tarde larga de Otoño...

Cuando hay menos luz en el sentido, menos tensión en el afán, menos ruido de las cosas.

Cuando se oye más la voz de Dios, y la vista se hace más profunda hacia lo eterno.

Angel que vas conmigo...



I

Cómo no son los ángeles

No son de color de rosa.

No tienen mofletes de niño de *pecho bien alimentado y sano*.

Un ángel es mucho más que eso.

No es un niño desnudo con dos alas horribles que le nacen de las paletillas.

No se dedican a sostener en las manos ramitos o palmitas; no se columpian en las nubes; no los creó Dios para que sirvieran de viñeta a nuestros cuadros, estropeando la belleza artística y falseando la *verdad teológica*.

Los ángeles son mucho más que eso. Los ángeles son espíritus puros, seres mucho más perfectos que los hombres.

Perdonadnos, ángeles, porque nosotros, los hombres, apenas os utilizamos, sino para demostrar nuestra *simpleza teológica* y nuestra *vulgaridad artística*.

Perdón por pintaros como niños de pecho, a punto de coger pulmonía.

Perdón porque Sor Trinidad (de buenísima fe la pobre) os pinta con cuerpo de chico, cara de chica, melenas y en camisón azul celeste.

Perdón porque hemos hecho de vosotros un mito absurdo y tonto.

Perdón porque, a fuerza de pintar sin sentido y contar cuentos, hemos hecho creer a los niños, y a muchas personas sencillas, que vosotros, los ángeles, sois una especie de volátiles imberbes con una carita monísima.

Protesto, porque sois algo mucho más grande que eso.

Vuestra inteligencia es maravillosa.

Vuestro poder es incalculable.

Vuestra hermosura es deslumbradora; pero no es femenina, ni masculina, ni humano-infantil.

Sois puro espíritu; estáis en gracia de Dios y glorificados. Y con esto está dicho todo.

No sois nada de eso que muchas veces pintamos y describimos.

II

Cómo tiene que ser mi ángel

Yo tengo un ángel que me acompaña. Todos tenemos uno.

Yo quisiera saber tu nombre, ángel de mi guarda. Te pondré yo mismo uno a mi gusto: un nombre que quiera decir: amigo, maestro, padre, compañero.

Yo no sé cómo eres, pero yo sé que tienes que ser algo que está más allá de mi fantasía y de mi entusiasmo.

Yo sé que eres profundo y majestuoso como un océano; sobrecogedor como el sonido del oleaje en las peñas.

Yo sé que eres más bello que el mar, que los hombres, que las flores y que las montañas.

Yo sé que eres más imponente que la noche, más fuerte que los astros.

Pero, lo mejor de todo, es que estás siempre cerca, siempre conmigo.

Cuando me pusieron en la vida tú ya estabas conmigo.

Dicen que los niños, cuando duermen, sueñan con los ángeles. Yo no recuerdo haber soñado jamás en vosotros. Supongo que muchos otros tampoco podrán recordarlo. Dejémoslo como otra conseja más. ¿No sería más cierto el decir que vosotros, los ángeles, sois los que soñáis con los niños?

Yo sé que tú piensas en mí desde el minuto cero de mi vida.

Estoy seguro que hay más de un automóvil que no me atropelló, más de una escalera o de una ventana de la que no me caí porque tú estabas allí.

Cuando sentía allí dentro de mí ganas de ser bueno, yo sé que eras tú.

Cuando después de tirar piedras a los amigos me sentía triste; cuando después de reírme del tonto del pueblo y de hacer rabiarse a los niños más pequeños me sentía avergonzado, yo sé que eras tú.

Después, en mi vida, tantas veces tú...

Tú, con aquella amargura que pones en el fondo de aquellos episodios en que he hecho lo que me daba la gana y porque me daba la gana.

Tú eres, ya lo sé; tú eres el que pones ese vacío en el fondo de cada egoísmo mío.

Tú el que me estropeas mis pecados.

Tú el que, más de una vez, me has quitado las ganas de hacer una barbaridad.

Cuando siento esa nostalgia de algo más grande que las cosas de esta vida; cuando me viene esa necesidad imperiosa de Dios, yo sé que eres tú.

Gracias, ángel...

Yo sé que tú estabas en todo lo decente que he hecho en mi vida; yo sé que fue a ti a quien se te

ocurrió ponerme en la cabeza aquella limosna que di callando a aquel compañero mío; aquella vez que me planté porque aquello no estaba bien; todas las veces que me he fastidiado por los demás...

Y luego, encima, me ponías ese contento aquí dentro...

Tú, ángel, eres un caso...

Tenemos que hablar, y mucho. Tenemos que hablar durante toda la vida. No tengo perdón de Dios, por tenerte tan cerca y no hacerte caso.

Mira: tengo que acertar en muchas cosas en las que no acierto: no acierto con alguno de mi familia, no acierto con mis compañeros de trabajo, no acierto con este carácter mío...

* * *

Y..., esto para ti sólo, no acierto a veces con mis mandamientos...

No me dejes, ángel; la vida es dura, y saber que tú estás siempre aquí, a mi lado, ya és mucho... Es algo que los hombres, las mujeres, no saben, o no se dan cuenta... Es algo de que yo mismo no me he dado cuenta tantas veces...

No puedo hablar de mis cosas durante mucho tiempo con los demás, porque a la larga sería un pelmazo, un egoísta o un necio. Cada uno tiene sus cosas, y no puede estar ocupándose constantemente de las de los demás.

Contigo ya es distinto. A ti te interesa constantemente todo lo mío. El mismo Dios te ha puesto para eso.

Angel que vas conmigo.

Angel que me quieres.

Angel que nunca me dejas solo...

Tenemos que hablar de mis cosas..., de «nuestras» cosas.

Tenemos que pensar qué vamos a hacer esta tarde, y qué vamos a hacer mañana, y qué vamos a hacer toda la vida...

Angel que vas conmigo.

Tenemos que hablar...

Y mucho.

¿Cómo concibe usted a Cristo Rey?



I

Rey de oros

Con manto regio sobre sus hombros, desde luego.

Con un manto bordado en oro y recamado en pedería, donativo de la Real cofradía de Damas de la Caridad de la ciudad X.

Con una corona de oro macizo y diamantes, regalo de la empresa N., productora de la mejor pasta de dientes del mundo.

Con un cetro de madera preciosa con incrustaciones de marfil, ofrenda del honorable Burgomaestre de A.

Con un trono que es una obra maestra en orfebrería en plata, obsequio de la Directiva, jugadores y socios del Deportivo X., club de fútbol de mucho historial, mucha solera y mucho... de todo.

Cristo Rey, bien vestido y bien trajeado por nosotros; como se merece.

Y con otros muchos mantos, coronas y cetros, que no puede ponerse a la vez, pero que se guardan en el sacro tesoro, con los ilustres nombres de los ilustres donantes, para que los turistas vean la de ilustres católicos que hay en el mundo. No hay más que ver: cada uno de estos donativos representa mucho catolicismo... y mucho dinero.

Por Cristo Rey, cualquier cosa. Si hacen falta más mantos y más cetros, y más coronas, aquí hay cató-

licos de primerísima fila, para el servicio y honra de Cristo Rey.

En realidad, dicho sea con perdón, pero ni la misma Virgen María estuvo a la altura de nuestro catolicismo. Ella le hizo unas pocas túnicas y mantos, pero... ni comparación con los nuestros.

San José, ¿por qué no trabajaste más, aunque sea horas extraordinarias, para poder vestir más elegantemente a Cristo? ¿No sabías que era Cristo Rey?

San José, ¿por qué no montaste una gran empresa para ganar mucho dinero y dar así un porvenir grande, un reinado grande a Cristo?

María, Tú regalaste el oro, el incienso y la mirra de los Magos para aliviar la pobreza de los más necesitados a tu alrededor; ¿por qué, en lugar de hacer eso, no lo guardaste todo para hacer un manto precioso a tu Hijo?, ¿no sabías que era Rey?

II

Rey de espadas

Cristo, el gran esperado.

El esperado por los rabinos y escribas y saduceos y fariseos.

El Mesías, el Rey, el Caudillo que iba a libertar a Israel del yugo de Roma.

El que iba a hacer que ellos, los fariseos, escribas, rabinos, etc., llegaran a ser los amos del mundo..., en lugar de los romanos y de todos los demás.

Cristo Rey.

El que va a hacer que los comunistas no se apoderen de nuestras empresas, de nuestra banca, de nuestros mercados mundiales.

Cristo Rey.

El que luchará para que no se borren nuestras sacras e históricas fronteras entre fariseos y publicanos.

Cristo Rey.

El que va a defender a sangre y fuego nuestras viejas ideas burguesas y sacrofarisaicas.

El que nos dejará en posesión de nuestras anchas filacterias, el que defenderá con su poder omnipotente nuestro cristianismo burgués y nuestras interpretaciones talmúdicas.

Cristo Rey.

El que defenderá con su espada nuestro derecho a arrastrar pecadoras hasta la plaza pública y allí matarlas a pedradas.

Cristo Rey.

El que hará llover fuego del cielo sobre Samaría... y quién sabe si también sobre Moscú.

Cristo, cuyo reino hemos defendido más de una vez, valerosamente con nuestras espadas, como Pedro aquella noche de Getsemaní.

Cristo, Rey de este mundo. Cristo, poderoso de este mundo. Y nosotros, poderosos de este mundo, porque somos muy de los de Cristo.

Cristo, a quien los fariseos no pudieron hacer capitán de judíos contra gentiles, pero a quien nosotros ya casi hemos hecho comandante de la NATO, o del bloque occidental.

Domine, ecce duo gladii hic (Luc., 22, 38). Cristo, aquí tienes todas nuestras bombas atómicas a tu disposición.

Domine, vis dicimus ut ignis descendat de coelo et consumat illos? (Luc., 9, 54). Cristo, ¿quieres que bombardeemos Rusia y matemos a todos los comunistas?

Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel (Hechos, 1, 6). *Cristo, ¿vas a hacernos por fin, a nosotros, los occidentales, los de derechas, los amos del mundo?*

III

Mi reino no es de este mundo

(Juan, 18, 36.)

Esto es lo que opina Cristo de su Reino.

Que El no es un Rey de naipes. Que El no es precisamente una buena carta para que nosotros ganemos aquí cualquier jugada.

A Cristo le llamó Rey una muchedumbre que estaba bien comida, y Cristo huyó.

A Cristo le llamó Rey un pobre hombre que le vio desnudo, clavado en una cruz y moribundo, y Cristo le dijo que aquel mismo día le llevaría a su Reino.

Cristo se reconoció como Rey así: desnudo, doliente, sangriento y ajusticiado.

En la baraja humana no tenemos un Rey así:

Cristo Rey no está hecho para que hagamos con El una buena baza aquí abajo.

Cristo es Rey por el amor y el sacrificio.

Aquella tarde de Jerusalén, Cristo Rey ofrecía su vida, no sólo por los de derechas, sino también por los de izquierdas. Ofrecía su vida por Caifás, por Malco, por Herodes, por Marx, por los comunistas.

Cristo Rey dio su vida y su amor por los dirigentes de la NATO y los de la Unión Soviética.

Por eso Cristo es Rey. Y nosotros reinaremos con Cristo, solamente cuando hayamos comprendido el verdadero Reino de Cristo.

Cuando de nuestro espíritu hayamos borrado todos los otros estúpidos triunfos humanos: los oros, las copas, las espadas y los bastos.

Cuando hayamos comprendido que el Reino de Cristo y nuestro reino tiene que ser el reino del amor y del sacrificio.

Regnavit a ligno Deus. Dios reinó desde la cruz.

Entrevista con tres ánimás
del Purgatorio



El ánima pequeña

Desgraciadamente estoy aquí para rato. Me ha salido todo al revés, después de tenerlo tan bien calculado.

No. No fui un gran pecador. No fui grande en nada. He sido un espíritu pobre; incapaz para el amor, para la generosidad, para la entrega.

No he tenido ideales. He calculado siempre evitarme molestias en la vida y para después de la muerte.

Mi mismo catolicismo era casi un cálculo bien estudiado para no ir al infierno después de la muerte.

Por eso ahora tengo que sufrir Purgatorio por una grandísima temporada.

Es el castigo que merecemos los espíritus mezquinos.

Por eso: por birrias.

Yo, en realidad, era católico por temor al infierno. Y tenía muy bien calculado el ser católico con la mínima molestia. Evitando, sí, los pecados mortales, pero sin hacer nunca gran cosa por Dios y por los demás hombres.

No reñí con nadie, pero tampoco saqué a nadie de ningún apuro.

Daba limosna, lo justo para no condenarme, pero ahorrraba dinero para encargar sufragios por mi alma. No me han servido, porque Dios, con razón, los ha

aplicado a otras almas que fueron menos mezquinas que yo.

Mis prácticas religiosas las hacía muchas veces con el espíritu de quien paga una póliza de seguro de vida eterna.

Si no fui malo, es porque me parecía arriesgado.

Fui enemigo de meterme en líos. Por ejemplo, conseguí que nadie supiera qué ideas políticas tenía. Así, ganara quien ganara, yo estaría seguro contra represalias.

Normalmente no iba a votar. Era comprometido. Alguna vez que voté, voté al partido conservador.

Si me he salvado del infierno, ha sido por la infinita misericordia de Jesucristo, cuya generosidad es tan inmensa, que ha vencido la enorme repugnancia que le tienen que causar los espíritus calculadores, ruines y mezquinos como yo.

Cumplí con la Iglesia, oyendo Misa todos los domingos y acudiendo a los Sacramentos por Pascua.

Cumplí con la sociedad, saludando siempre a los conocidos y siendo una persona de orden.

Cumplí con la patria, poniendo colgaduras en mi balcón los días patrióticos.

Cumplí con los pobres, dando calderilla a todos los que venían a pedir a mi puerta.

«Cumplí» con todos; por eso ahora me toca «cumplir» un rato largo de Purgatorio.

Y eso, gracias a la infinita misericordia de Jesucristo.

Un ánima «muy de iglesia»

Realmente que yo fui la primera sorprendida al llegar al Purgatorio.

Y tengo Purgatorio para setenta años y setenta cuarentenas.

Con lo católica que me he tenido yo siempre. Yo que me creía tan celosa de la gloria de Dios, que delaté siempre los pecados de los demás, donde los había y donde no los había.

Yo que hablé siempre tan fuerte y tan claro contra la irreligiosidad de los hombres, contra la libertad de costumbres y las modas de las mujeres.

Yo que no dejé ni un día de hablar con Dios en la iglesia.

Ni una sola tarde de comentar con las amigas los pecados y las faltas de todos los demás.

Yo todavía aquí, mientras han subido ya al cielo tantos y tantos cuyos defectos y pecados conocía y comentaba yo muy bien.

Hace ya tres meses que ha subido al cielo Amalia. Con lo casquivana y lo loca que fue siempre esa mujer...

Y yo todavía aquí; por mi presunción. Mientras suben al cielo, antes que yo, los publicanos y las pecadoras.

Hace pocos días subió al cielo un publicano, cuya vida y milagros me sabía yo muy bien, y cuyas faltas había comentado más de una vez con elocuencia y santa ira. Además era «rojo».

Nunca hubiera pensado yo que un hombre así pudiera salvarse.

La verdad es que yo apenas entendía la misericordia de Dios...

Ahora comprendo que más misericordia ha tenido que emplear Dios para salvarme a mí que para salvarle a él.

Yo que iba mucho a la iglesia; pero salía de ella conociendo muy poco a Dios y estimándome mucho a mí misma.

Yo que creí que Dios tendría las mismas fobias y las mismas aversiones que yo tenía para con los de «enfrente».

Yo que creí que yo era una de aquellas a quienes Dios invitaría a «juzgar a las doce tribus de Israel», y ya había comenzado en vida a entrenarme intensamente para ser una experta el día del juicio.

Juzgaba y condenaba. Y no comprendía que sólo Dios tiene derecho a juzgar y sobre todo a condenar.

No comprendí la misericordia de Jesucristo.

Ahora que me ha salvado a mí, he comprendido que, verdaderamente, la misericordia de Dios es infinita.

Yo me creía muy católica. Ahora sé en qué consiste el catolicismo.

Algo que consta principalmente de humildad, sacrificio, amor y mucha confianza en Jesucristo.

III

Un ánimo cualquiera

Sí. Sufrimos terriblemente. Sufrimos más que lo que se puede sufrir en la vida.

Pero a la vez nos canta el alma con un gozo más grande que todos los que pudimos tener en vida:

Nos hemos salvado. Y pronto vamos a ser felices por toda la eternidad.

Sabemos que Dios es maravilloso. Y que, si esta-

mos aquí en lugar de estar en el infierno, se debe a que hay un Jesucristo bueno.

Aquí la gente es mucho mejor que en la tierra. A todos los canallas del mundo los han barrido para abajo, para el otro sitio.

No hay ricos ni pobres.

No hay blancos y negros.

No existe el problema del colonialismo, ni la cuestión racial, ni la lucha de clases.

Aquí no hay luchas de hombres, ni riñas de mujeres, ni partidos políticos, ni guerras.

Sufrimos, pero no matamos, ni odiamos, ni robamos, ni tenemos envidia.

Sufrimos, pero sin rebelarnos contra el sufrimiento.

Aquí sabemos muy bien:

Que Dios es misericordioso,

Que Dios es bueno,

Que Dios es maravilloso.

¿Qué plan
para estas Navidades?



Rosabel tiene un plan «de ensueño»

Como que todos los universitarios estarán de vacaciones esos días.

Es que va a ser de locura. Está comprometida ya para casi todos los días. Verás; lo tiene apuntado en su agenda: el jueves sale con Chuchi; el viernes, con Tono; el sábado, fin de semana en la sierra...

¡No hay tiempo, Señor; es que no le queda a un tiempo para tantas obligaciones que tiene una! Y todavía sin mandar un montón de felicitaciones de Navidad..., y las pruebas con la modista de ese traje tan precioso que va a dar la hora en la fiesta que dan los condes de López en Nochevieja..., en fin: un plan de fantasía, pero un plan agotador... Todo sea por estas benditas Navidades, que son la fiesta más sol; todo sea por el Niño Jesús, porque..., eso sí: ella va a asistir a la Misa de gallo con las antiguas alumnas del colegio. Es a puerta cerrada y por rigurosa invitación; así da gusto; resulta una Misa donde una no se encuentra sino con gente bien. Da gusto; debiera ser así siempre: debiera haber Misas de primera y de segunda y de tercera; exactamente como los funerales y como las bodas; con la diferencia de que a estas Misas no pudiera ir más que la gente que pagara una entrada de primera... Así se reuniría una buena ayuda para la Iglesia y para el culto; y, por otra parte, una se encontraría con más frecuencia con sus amistades a la salida de Misa ...

En fin, que las Navidades se presentan con un plan de locura. Rosabel ya va a poner, desde ahora, sobre su mesilla de noche, el Niño Jesús de alabastro que le trajo tía Isabel de Suiza, y es que... se lo va a comer a besos.

Paco tiene un plan bárbaro

A base del sueldo extraordinario y de las propinas, porque, ¿sabe usted?, Paco es el repartidor de no sé qué a domicilio, y se le ha ocurrido un plan bastante bueno para conseguir aguinaldos:

Este año ha hecho imprimir unas tarjetas navideñas con un grabado en colores vivos, en el que aparece él, en actitud de besamanos versallesco, sonrisa, gorra en la mano, etc., y como todo texto la siguiente impenable tarjeta:

*Francisco Rueda Fernández,
Su servidor más seguro,
Le desea santas Pascuas
Y un feliz año futuro.*

Esta es la cuarteta, que estuvo a punto de ser quintilla, pues tenía preparado un quinto verso: *por sólo el precio de un duro*; verso que decidió suprimir, para no impedir el que alguna señora buena le diera dos duros en vez de uno.

Con esta jugada de las felicitaciones, Paco sabe que va a coleccionar una buena mano de duros, para organizar la segunda parte del plan de Navidades.

La segunda parte va a consistir en que durante todos estos días, se va a vivir a todo tren: se va a comer bien, se va a beber bien, no se va a reparar en gastos y se va a pasarlo imponente. Eso, sí: a Misa de gallo, desde luego; es tradicional; él no va durante

el año más que a algún que otro funeral o a algún entierro, pero la Misa de gallo es tradicional; ese día no falta allí ninguno de los amigotes. Para que luego no digan que uno no es cumplidor y que no toma la religión en su justa medida. Después de Misa, cisco de órdago en casa de Fulano: orfeones, amistad, escándalo, barullo, buen humor y plena concordia hasta la salida del sol.

Y, en Nochevieja, eso, y mucho más, y además por la calle.

Paco es plenamente partidario de estas fiestas de Navidad. Lo que dice Paco es que, el que inventó la Navidad, sabía muy bien lo que se hacía.

Asunción y Ricardo lo tienen ya todo pensado

Porque les va tocar el gordo.

Asunción juega dos cincuenta con la lechera, un duro en la tienda de comestibles y otro duro con las de la frutería. Además, Ricardo juega dos duros con los del taller y un duro con los del Bar Vicente.

Están seguros de que este año les toca; y ya lo tienen todo pensado. Lo primero ponerse «al tanto» con todos. Después llevar a Paquito al especialista, hacer ropa a los niños y hacerse un abrigo para ella misma; sí, señora; alguna vez le ha de tocar el turno a una.

Luego a Asunción se le ha ocurrido otra cosa:

—Ya sabes, Ricardo; luego, si nos toca, habría que dar también algo a los pobres; ya sabes..., es la Navidad...

—Sí, mujer; más pobres no íbamos a ser por eso; aunque no nos toque..., yo ya pensaba en traer un día a comer con nosotros a los dos chiquillos de la pobre Manuela; siquiera que coman un poco decente

alguna vez... Al fin y al cabo, Navidad es para ser buenos..., es para ser mejores con los demás...

Asunción sigue pensando en todo lo que va a hacer cuando le toque el gordo, y se va a preparar un pequeño Nacimiento que les hace todos los años a los niños. Angelines, que ya se va enterando de muchas cosas, le pregunta:

—Mamá, a la Virgen y a San José, ¿les tocó el gordo de Navidad?

—No, hija; no les tocó; entonces no había lotería.

—¿Y comieron mucho turrón?

—No, hija; tampoco tuvieron turrón.

—¡Qué fastidio! ¡Vaya plan! Es como si no hubieran tenido Navidades, ¿verdad, mamá?

Asunción, en realidad, tiene que pensarlo bastante antes de responder a Angelines. Los niños sacan a veces unas conclusiones terribles; y lo peor es que las sacan a base de los datos que les hemos dado nosotros, los grandes.

Asunción tiene que explicar a Angelines que la Navidad no consiste en el gordo, en el turrón, en la juerga, sino en otra cosa... Asunción se da cuenta de ese frío que va invadiendo nuestra fiesta más amable: ¡Navidades sin Niño Jesús!

José y María no tenían plan

Ni jugaban a la lotería, ni habían comprado turrón, ni habían recibido paga extraordinaria.

Tuvieron que comenzar la fiesta marchándose de casa y emprendiendo una caminata de ciento veinte kilómetros; cuando llegaron a Belén, nadie los quiso recibir en sus casas.

Es que los de Belén tenían ya todos su «plan»; su plan de Navidad, y, francamente, recibir en casa a aquellos dos pobretes, les estropeaba el plan.

Los de Belén tenían todos su plan para aquellas Navidades: un plan sin José y María, un plan sin el Niño Jesús..., un plan de Navidades muy parecido a bastantes de nuestros planes de Navidades, donde tampoco hay sitio para estos tres pobrecitos...

Había un burro y una vaca en un establo de las afueras, que tampoco tenían «plan» de Navidades, y dejaron sitio a María y a José.

A medianoche llegó el Niño Jesús... Estaba oscuro, hacía frío, se oía llorar al Niño...

¡Qué plan de Navidades, José!

¡Qué plan de Navidades, María!

¡Qué plan!

Aguinaldos de Navidad



El de la tía soltera

También la tía soltera quería hacer su aguinaldo de Navidad a los sobrinos. Ella, la verdad, la pobre, no tenía mucho de dónde poder sacar para grandes regalos. Ella misma vivía en casa de su hermano casado, humilde, contenta, porque, a pesar de su maternidad frustrada, tenía aquellos niños preciosos a quienes educaba, vestía, limpiaba...

La tía buena que les acostaba a todos después de hacerles rezar las oraciones...; la tía que era la que mejor arreglaba y componía la ropa, la que enseñaba a los sobrinos esas pocas cositas que ella sabía: cocinar bonitamente, enseñarle a resolver los problemas de aritmética al segundo, enseñar a las niñas muchas clases y muy bonitas de hacer punto y bordado, cortar y coser unos pantaloncitos para el peque y hasta un abriguito para la nena, tomar la lección de historia al otro..., hasta enseñar un poco de piano a la mayorcita...

La tía se prestaba sencillamente a todo:

—Lucía, ¿quieres echar un ojo a los niños esta tarde? Tenemos que hacer unas visitas; es un fastidio..., tal vez volvamos tarde...; por favor, si no te importa...

—Sin favor, mujer...

La tía sale muy poco; a veces, a pasear a los pequeños, a Misa y al Rosario. No va al concierto, ni al

teatro, ni al cine...; al cine, sí..., algunas veces con los niños a la sesión infantil.

Pero llega la Navidad, y la tía está preocupada: ella quiere hacer su regalito a cada uno de los cinco..., de «sus» cinco pequeños, y le da apuro. Ellos tienen juguetes y cosas muy buenas que les dan sus padres, y si ella les comprara cosas baratillas, ellos las van a despreciar...: los niños no se dan cuenta de las cosas... y a ella le quedan pocos ahorritos...

La otra tarde salió por la calle, mirando escaparates, entrando y preguntando precios...

—...Es un poco carito; ya lo pensaré; muchas gracias, perdone...

...Y la tía Lucy sigue por las calles mirando escaparates, preguntando precios, saliendo sin comprar. ¡Su aguinaldo, su aguinaldo de Navidad...!

La tía Lucy es tan sencilla, que no se da cuenta de que todo el año, toda su vida es un fantástico aguinaldo para aquellos niños, para sus padres, para toda aquella casa...

La buena de la tía Lucy preocupada por su aguinaldo de Navidad...

El de algún jefe

—Nada, Rodríguez, todo llega (todo esto con voz fuerte y con la sonrisa puesta); aquí tiene usted un pequeño recuerdo que demuestra una vez más nuestra generosidad y que aquí todos ustedes no son para nosotros sino una gran familia...

Rodríguez coge el sobre y da las gracias aunque sabe que no tiene que darlas, porque no le han dado más que la paga extraordinaria legislada obligatoriamente.

Rodríguez va por el camino echando sus cuentas:

esta paga valdrá para arreglar algunas cuentas atrasadas, alguna que otra deuda por aquí y por allá...

Rodríguez llega a casa:

—Mira: hoy traigo esto de más; mira a ver si podemos pagar lo que debemos por ahí, y compras algo bueno, siquiera para la cena de Nochebuena.

En menos de treinta segundos ella le demuestra que con eso no hay nada qué hacer, que con eso contaba ella hace tiempo para pagar las cosas más inaplazables...

—Bueno. Se cenará lo que sea; pero esa noche, en mi casa va a haber buen humor y cisco... Para eso es Navidad. ¡Qué...! (suave interjección de Rodríguez).

Ella le mira unos instantes, y luego se echan a reír los dos como unos tontos.

* * *

La verdad es que tampoco la Virgen ni San José tuvieron pavo ni champán aquella noche, pero comenaron los ángeles por arriba armando cisco, siguieron los pastores por abajo armando jaleo, parecía que todos se estaban volviendo locos..., que San José y la Virgen no tendrían más remedio que echarse también a reír...

Lo mismo, mismo, que los Rodríguez...

El de la chica de servicio

Ella hace poco que ha venido de un pueblo de «por allá»; y por enorme providencia de Dios ha caído en una casa donde los «señores» la tratan bastante bien, y hasta le han dado sus buenas propinitas para Navidad.

Ella está entusiasmada, pues le ha comprado a la señora Petra (su madre) un plexiglás que está *chipén*;

y al señor Terio (su padre) un manojo así de puros, de los buenos, de unos que ha conseguido con rebaja, por mediación de un chico muy majo que le suele acompañar los días que sale y que tiene un amigo que conoce a unos que trabajan en eso del puerto y la franquicia...

A los pocos días llega del pueblo un bulto inmenso con una carta de la que extracto algunos párrafos:

«...Que la Virgen te bendiga, hija; y que les bendiga a tus señores ahí... Ayer domingo, no llovía, pero fui con él puesto a Misa...; yo venga decir a todas que es regalo de la hija. De tu padre no te digo nada más que cuando vio aquel manojo..., que los olía y luego me miraba con unos ojos como faros de auto, y luego volvía a oler y a mirarme hasta que le salían las lágrimas. Que yo sé muy bien lo que te quiere, hija...

...En fin, que Dios sabe lo que habrás gastado con eso..., que no tenías que haberlo hecho... Mira: todo eso es para los señores y para los niños y para ti...: los capones, los mejores que teníamos. Las tortas, ya te figurarás que las he hecho yo misma, y que son para los niños de los señores, que tienen mucho azúcar y huevo. Las seis botellas de vino rancio, que son de la cosecha del 46, que es la que mejor nos salió y de la que nos quedaban esas pocas, que nunca mejor empleadas que para obsequiar a esos señores que han sido buenos contigo..., que también nosotros seremos pobres, pero agradecidos..., y que el Niño Jesús les bendiga a todos en estas Navidades, y a ti también, hija...».

La chica de servicio, ingenuamente, deja la carta a la señorita. La señorita no sé por qué, siente vergüenza y emoción y se la deja al señorito. El señorito la lee muy serio, se muerde el labio de abajo y se la devuelve sin decir una palabra, y sin mirarle a los ojos...

La señorita, sin decir nada a la chica, saca una copia de la carta y se la devuelve a la chica...

A los señores les ha venido muy bien aquella carta; es el mejor regalo de Navidad que ha entrado en aquella casa; mucho mejor que los capones y que el vino rancio.

Es algo así como si la Virgen y San José hubieran venido a hacerles una visita.

El de la Virgen María

—¿Está dormido el Niño?

—Sí, José; ya está dormido.

—Oye, María..., ¿Tú ya entendiste lo que dijo el viejo Simeón?

—Creo que sí..., creo que ya entendí algo.

—Hablabas de dolor..., de algo que yo no entendía...

—Sí..., es que este Niño... no es para nosotros solos. Es un Niño que nos ha dado Dios para que lo entreguemos a todos los hombres.

A Mí también me cuesta, José..., pero Dios lo quiere, y Yo se lo doy a ellos..., a todos..., con toda mi alma...

Oración de la Noche Buena y de la noche vieja



Mi oración de la Noche Buena es una oración matutina.

La Noche Buena es el amanecer del mundo.

Detrás queda la noche. La noche del pecado de Adán. La noche de los pecados de los hombres. La noche de mis pecados.

La Humanidad está toda colgada de los brazos de una jovencita Virgen, que en esta noche ha hecho amanecer a un Dios.

Las cigarras y los sapos no cantan esta noche por las quebradas de Israel.

El mundo se ha quedado sin ruidos.

Sólo desde el hueco de la peña se oye la voz de la Niña de Israel, desde hoy Madre del mundo, cantar una canción para dormir a Dios.

Se han callado los grillos y las cigarras.

Por vez primera desde el principio de las cosas, Dios se ha quedado dormido, envuelto en aquella voz fresca y campesina, como el aire entre los brezos de las laderas de Belén.

Hombre: si quieres orar, no digas nada.

Oye cantar a la Niña. Mira cómo duerme Dios; y calla, como callan las ranas y los grillos, que no saben, pero esta noche quieren rezar.

En el mundo está amaneciendo. Es la mañana del mundo.

Los ríos siguen corriendo. El mar sigue jugando

con las peñas de todas las costas. La luz matinal va barriendo las sombras que se agarran a las montañas de Judá.

No ha pasado nada esta noche en el mundo.

Solamente ha nacido Dios. La canción de la Virgen se oye todavía, mezclada con la luz de esta mañanita del mundo. Hoy cantar es rezar.

Ha nacido el primer villancico.

Dios duerme y tiene su primer sueño. Sueña que es Rey y que tiene un castillo muy grande y muy alto en la cumbre de un monte. Sueña que la cuesta es muy dura y que sus vasallos no saben el camino, no pueden con la subida, yacen tendidos entre las rocas.

Entonces El, el Rey, baja en persona, los despierta, y les hace emprender la subida. Sueña que El va delante y que siente un peso terrible en el hombro derecho, como si sobre El gravitara el peso de todos los hombres que vienen detrás.

Sueña que le duelen las manos; que le duelen los pies; que le duele dentro, mucho más, el alma...

Sueña Dios que es Rey... y que va subiendo al castillo. Sueña que va dejando en la pendiente trozos palpitantes de dolor y de vida, pero... sube..., sube...

* * *

El Niño ha gemido en su sueño. La Virgen ha interrumpido su canción. Ella adivina algo, se traga una lágrima y deja un beso en la frente de Dios.

La Redención. Es ya mañanita en el mundo.
Hoy comienza la primavera...

II

Noche Vieja.

Hoy cierras un volumen más de la historia de tu vida. Cuando comenzaste, este libro era todo tuyo; te lo puso Dios en las manos; podías hacer de él lo que quisieras: un poema, una pesadilla, una blasfemia, una oración.

Podías; hoy ya no puedes; no es tuyo; ya lo has escrito; ahora es de Dios.

Te lo va a leer todo Dios el día mismo en que te mueras, con todos sus detalles. Ya no puedes corregirlo. Ha pasado al dominio de la eternidad.

Piensa unos momentos en esta Noche Vieja. Coge tu viejo libro y hojéalo despacio; deja pasar sus páginas por tus manos y por tu conciencia. Ten el regusto de leerle a ti mismo.

Lee todo. Repite aquellas páginas de tu vida en las que persiste tu mejor estilo. No te olvides de que uno de tus mejores maestros eres tú mismo.

Lee también aquellas páginas que nunca quisieras haberlas escrito. No..., no intentes arrancarlas..., es inútil. Ten valor para leerlas.

Son tuyas. No puedes arrancarlas, pero puedes anularlas cuando escribas tu volumen siguiente. Si lo haces así, Dios las pasará de corrida cuando te lea tu libro en el último día.

Lee tu libro viejo en la Noche Vieja. Hay en él trozos enteros de ti mismo. Es un drama apasionante en el que el primer personaje eres tú. Tú en escena con Dios, con los hombres, con la vida.

Tú lo has escrito con el instrumento asombroso de tu libre albedrío sobre la superficie inmensa y movediza del mundo.

Es un libro misterioso que, en su mayor parte (la más interesante), no puede leerlo nadie más que Dios y tú.

Si tienes ganas de besarlo, bésalo; si tienes ganas de llorar, llora fuerte sobre tu libro viejo en esta Noche Vieja.

Pero, sobre todo, reza sobre tu libro viejo. Cógelo en tus manos, levántalo hacia el cielo y dile a Dios dos palabras: «¡Gracias!» y «¡Perdón!».

Después, dáselo a Cristo. No importa; como está, aunque tenga páginas negras. Cristo sabe perdonar.

Esta noche te va a dar Dios otro libro completamente blanco y nuevo. Es todo tuyo. Vas a poder escribir en él lo que quieras.

Pon el nombre de Jesús en la primera página. Después dile que no te deje escribirlo solo. Dile que te tenga siempre de la mano... y del corazón.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Dos palabras en letra bastardilla	5
Año nuevo, vida nueva	9
Oro, incienso y mirra	17
Carta a los Reyes Magos	25
La Virgen sabe cómo hacerlo	33
3 días de Carnaval y 40 de Cuaresma	39
María dijo que sí	45
Los Siete Dolores de la Virgen	53
Los cuatro brazos de la Cruz	61
Vía Crucis	67
Tres Estaciones más del Vía Crucis	83
Dos Salmos de Pascua	89
Cleofás y el otro	95
¡Pentecostés para estos pobres católicos!	101
La Virgen va a la fuente	107
El Corazón de Cristo y los hombres fuertes	113
Después de Pentecostés	119
De visita...	125
La Voz que clama en el desierto	133
Plegarias celtíberas a Santiago	139
Los Ejercicios del Padre Ignacio	145
Otoño, atardecer del año	151
Angel que vas conmigo...	159
¿Cómo concibe usted a Cristo Rey?	167
Entrevista con tres ánimas del Purgatorio	175
¿Qué plan para estas Navidades?	183
Aguinaldos de Navidad	191
Oración de la Noche Buena y de la noche vieja	199